

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 107 Editorial

ENERO-FEBRERO DE 2004



La Educación Superior en México. Retos y perspectivas de un sistema nacional

Andrés Lira González

Berta Ulloa Ortiz, 1927-2003 *in memoriam*

Anne Staples y Moisés González Navarro

A diez años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)

Francisco Zapata

Por los caminos de la democracia. El caso de los venezolanos

Germán Carrera Damas

PUBLICACIONES DE EL COLEGIO DE MÉXICO



ESTABLECIMIENTO DEL FEDERALISMO EN MÉXICO (1821-1827)

Josefina Zoraida Vázquez (cordinador)



EL COLEGIO DE MÉXICO



LA REPUBLICA FEDERAL MEXICANA GESTACIÓN Y NACIMIENTO

Manuel Calvillo

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

VOICES of Mexico

CISAM • UNAM

Mexico's Fiscal Reform
Postponed Again
Pablo Ruiz Napolés

Aging and Pensions
In Mexico
Articles by Victor M. Soria
And Carlos Welti

Discrimination And
Politics in Mexico
María José Morales García
And Jesús Rodríguez Zepeda

The North American
Fossil Fuel Market
Miguel García Reyes

Ten Years of NAFTA
Ritiana Gomez Muñoz

A Journey Through
Veracruz Cities

Nature in Extinction
The Vision Of
Mexican Painters



www.unam.mx/voices

ISSUE 66 JANUARY - MARCH 2004 MEXICO \$40 USA \$9.00 CANADA \$11.70

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

VOICES of Mexico

SUSCRIPCIONES

Canadá 203, Col. San Lucas, 04030 México, D.F.
Teléfonos y fax: 5336-3601, 5336-3558, 5336-3595,
5336-3596 and 5336-3449

e-mail: voicesmx@servidor.unam.mx

ÍNDICE

La Educación Superior en México. Retos y perspectivas de un sistema nacional

■ Andrés Lira González ■ 3

Berta Ulloa Ortiz, 1927-2003 *in memoriam*

■ Anne Staples y Moisés González Navarro ■ 9

A diez años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)

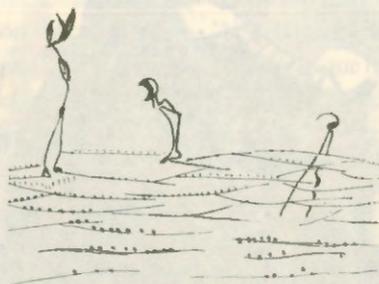
■ Francisco Zapata ■ 11

Lamento

■ Salvador Flores ■ 15

Por los caminos de la democracia. El caso de los venezolanos

■ Germán Carrera Damas ■ 17



Ilustraciones de Henri Michaux

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D. F., teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ Secretario general DAVID PANTOJA MORÁN ■ Coordinador general académico JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■
Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo HUMBERTO DARDÓN ■ Director de Publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de Promoción y Ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 107, ENERO-FEBRERO DE 2004

■ Diseño IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ Diagramación y formación EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ Corrección GRACIA FRANCÉS SANCHEZ ■

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

In memoriam Adriana Vidal Codina

ALEGRIA, LUZ, TERNURA, UN SOL, ESO FUE MI ABUELITA —EN EL RECUERDO SIGO LLAMÁNDOLA ASÍ

El 22 de octubre de 2003 la señora Maruxa Vilalta donó a El Colegio de México el archivo particular de su abuela, la señora Adriana Vidal de Vilalta. El archivo consta de 41 cajas archivadoras, que contienen 132 carpetas de recortes periodísticos, especialmente del diario *Excelsior*. El archivo está dividido en dos secciones: guerra civil española y franquismo y segunda guerra mundial y la posguerra (1936-1948). Entre esos recortes se encuentran varias series de reportajes, discursos, entrevistas y columnas como “Partes de la guerra”, “Resumen de la guerra”, “Cables de España”, “Interpretaciones de la guerra”, entre otras cosas de interés. Agradecemos infinitamente tan valioso aporte a Maruxa Vilalta y el archivo donado estará a la disposición de los usuarios para su consulta en el Archivo Histórico de esta institución.

Adriana Vidal de Vilalta, inteligente, culta, fue siempre Anúcleo unificador de su familia. Era su principal cualidad irradiar optimismo, crear donde ella estaba un ambiente de seguridad y amor.

Mujer valiente, que supo vivir en forma positiva el exilio político, primero en Bruselas y luego en México, a consecuencia de la guerra civil española de 1936. Fue su formación cristiana y su pensamiento liberal. En cualquier conversación podía hablar de letras, arte, política, religión. Y sus palabras eran sensatas, brillantes, siempre escuchadas.

Desde los primeros días del exilio, Adriana Vidal Codina nunca perdió el sentido del humor e inteligencia que le caracterizaban. Durante tres años vivió en Bélgica con sus hijos, nueras y nietos y su presencia fue siempre aliento para toda la familia. Allí, en Bélgica, el pintor Giner, que poco después ganó el Premio Roma y a quien Antonio Vilalta había dado un cuarto en la azotea de su casa, pintó sobre lienzo usado —dinero no había para comprar uno nuevo, pero el artista le dio un matizado y bello fondo oscuro— un retrato de la abuelita Adriana, obra maestra que refleja la generosidad, inteligencia y luz que la modelo irradiaba. Cuadro que posteriormente muchos conocedores admiraron y que permanece en poder de la familia hasta la fecha.

En noviembre de 1939 Adriana Vidal Codina, ya viuda, llegó como exiliada a México, donde se reunieron nuevamente los hermanos Vilalta. Adriana vivió con su hijo mayor, Antonio, con su nuera María y conmigo, su nieta Maruxa. Mis padres, Antonio Vilalta y María Soteras, crea-

ron una institución, antecedente del Instituto Mexicano del Seguro Social, que se llamó La Médico Farmacéutica. Y posteriormente un sanatorio para atender a las familias abonadas a los servicios médicos y a los trabajadores de empresas que tenían asegurados a sus empleados. En La

Médico Farmacéutica trabajaron, en la parte administrativa, los abogados Antonio y María y la abuelita Adriana. Hasta que en 1948 un grupo de médicos compró el sanatorio y Antonio y María pudieron dedicarse exclusivamente a ejercer su profesión como abogados.

Adriana Vidal tuvo entonces más tiempo para sus ocupaciones favoritas: colaborar en casa al bienestar de la familia. Ayudar a todos. Y leer. Leía leyes y teatro principalmente. También novelas. Leía en catalán, en castellano y en francés. Por las noches leía mucho, hasta altas horas, cuando ya todas las luces de casa estaban apagadas y solamente perseveraba la lámpara, en el cuarto de ella.

También leía los periódicos. Desde los primeros días siguió en la prensa los acontecimientos de la guerra civil de España, primero. Después, de la segunda guerra mundial. Y de los conflictos —nunca faltaron— que vinieron después. Recortaba las noticias principales y con ellas formaba álbumes, valiosos documentos que han sido conservados y ahora son todavía material de consulta, siempre actual.

Murió a la edad de 80 años. Era joven. Y bella, en su porte, en su mirada. Su presencia permanece aún como eje sólido en una familia unida en la admiración y amor que todos le tuvimos.

Maruxa Vilalta



La Educación Superior en México.

Retos y perspectivas

de un sistema nacional¹

Una pregunta da sentido a mi participación en esta mesa: a la luz de las evidencias del siglo XX, ¿podemos y debemos plantearnos la organización formal de la educación superior como la empresa patriótica que inspiró a nuestra Universidad Nacional? O, para decirlo de otra manera, ¿qué queda del nacionalismo que nutrió el ambicioso Plan de la Escuela Mexicana, enunciado como promesa hace un siglo, cuando a la vuelta de las últimas décadas hallamos que es precisamente en la educación superior donde se hace más evidente la desaparición de fronteras y de ámbitos que se estimaron como propios e intransferibles?

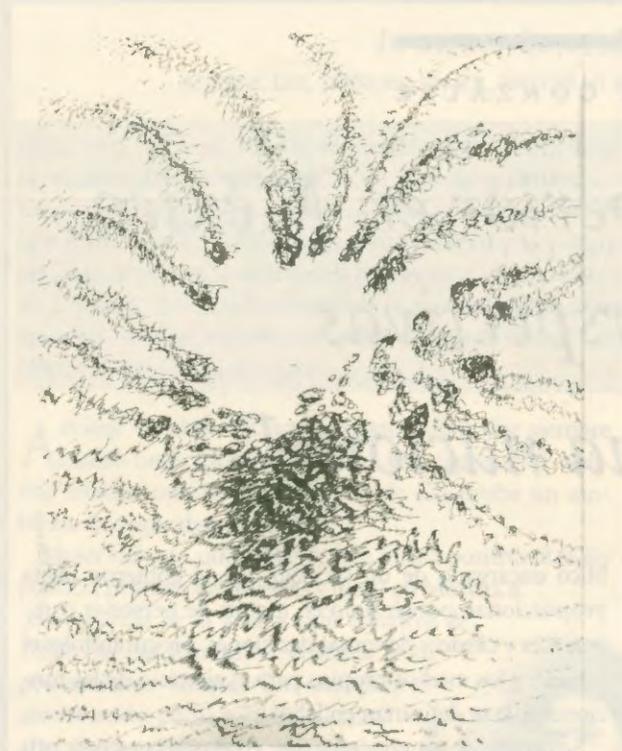
En efecto, el siglo XX se inició en situación difícil, pero alentadora. La dimensión de la sociedad y sus problemas parecían ceñirse a las visiones definidas en el último cuarto del siglo anterior, un siglo XIX en el que la educación, sustentada en las ciencias positivas (las de la experiencia sensible) prometía lo mejor como disolvente de rémoras que estorbaban el camino del progreso. El 13 de septiembre de 1902, al inaugurar los trabajos del Consejo Superior de Educación Pública, Justo Sierra, subsecretario de Instrucción Pública (y quien habría de convertirse en primer secretario del Ramo al crearse la Secretaría en 1905), enunció el "Plan de la Escuela Mexicana", que comprendía desde el kindergarten, para llegar, pasando por la escuela primaria y la educación secundaria, a la culminación de aquel gran proyecto, la Universidad Nacional. Ésta agruparía las escuelas profesionales existentes, dotándolas de recursos suficientes y de una estructura propia, lo que equivalía a reconocerle la calidad de establecimiento pú-

blico encargado de un servicio que el gobierno debía proporcionar, poniéndolo en manos de personas competentes y capaces de tomar decisiones, procurándoles el espacio y los medios propios para el ejercicio de las funciones que se definirían en la ley.

Se trataba de un plan *educador* en el que la escuela primaria se consideraba obligatoria, con el correspondiente deber de los padres de enviar a sus hijos a la escuela y el del gobierno de proporcionarla como servicio gratuito. Los estudios secundarios, más precisamente los de la Escuela Nacional Preparatoria, no serían mero antecedente de los profesionales. Cada etapa tenía sentido propio como educadora para la vida y como formadora del *alma nacional*, expresión que habría de afirmar Sierra en varias ocasiones. El alma nacional era el fin de la escuela mexicana, cuyo plan se completó, como sabemos, en septiembre de 1910 al fundarse la Universidad Nacional en circunstancias difíciles, distintas a las que privaban en 1902.

La rebelión contra el gobierno de Porfirio Díaz había estallado; los datos de la economía mundial y los del medio financiero no eran los alentadores de 1902, año en que vio la luz una ambiciosa obra, *México, su evolución social*, en la que se ponderaban las conquistas del siglo XIX y en las que el autor del Plan de la Escuela Mexicana, coordinador del libro y responsable de la parte consagrada a la evolución política, dejaba ver su temor ante la atrofia moral que implicaba el sacrificio de la libertad en aras de la fortaleza material; temores tristemente comprobados cuando en 1911, para paliar la situación impuesta por la rebelión contra el general Díaz y su gobierno, se pidió a Sierra su renuncia a la cartera de Instrucción Pública. Fue entonces cuando expresó con más viveza el sentido de esa Secretaría como responsable de la educación, de la formación del

¹ Seminario de Educación Superior. El Colegio Nacional, 7 de octubre de 2003.



alma nacional; tarea que, según quiso ver, había que encomendar a los verdaderamente comprometidos, a los convencidos, para no hacerla objeto de la política mal entendida, esto es, medio del arte de no perder el poder.

Pese a desengaños y fracasos personales, por lo demás realístaamente asumidos, quedaba un plan claro, una Universidad Nacional que agrupaba con buen sentido a las escuelas profesionales y que estaba dotada de alguna posibilidad de investigación: la Escuela de Altos Estudios, a la que se incorporaron jóvenes empeñados en las tareas del conocimiento, más que en la educación profesional práctica, conscientes de que sólo con la investigación y la discusión podría el país apropiarse de mejores posibilidades para el futuro.

Lo cierto es que la fundación de la Universidad Nacional se dio en el curso de un proceso creador, que antecede y sucede al estallido de la revolución de 1910. Años antes, animada por los protagonistas del proyecto de Universidad Nacional, había nacido la Sociedad de Conferencias, que habría de transformarse en el Ateneo de la Juventud. En éste, auspiciada por quienes se agruparon en la Escuela de Altos Estudios, nació en 1912 la Universidad Popular como intento de llevar a cabo la tarea social de la universidad; algo que de otra manera y en otras circunstancias cobró forma a partir de 1921, en el primer régimen revolucionario estable, cuando desde la

Universidad Nacional se retomó la estructuración de la escuela mexicana, refundando, ahora sí, en 1922, como Secretaría de Educación Pública, el ministerio que tenía por cometido integrar espiritualmente a la comunidad nacional; es decir, afirmar la existencia del alma nacional.

Fue el nacionalismo, entendido como procuración de la vida autonómica, el principal motor de aquella empresa dirigida en principio desde la Universidad Nacional. Movimientos cuestionadores de su organización y de sus límites caracterizan la siguiente etapa, otra, fundacional, que va de fines de los años veinte a la mitad del siglo y en la que no culminaría el primitivo "Plan de la Escuela Mexicana"; pues, si no se negó, sí se fue desdibujando aquí y subrayando allá por urgencia de nuevos requerimientos.

Los principales hechos en esta etapa son el crecimiento de la población, que entre 1910-1950 pasa de 15 000 000 a más de 25 000 000 de habitantes, y la complicación de las relaciones internacionales en el marco de dos guerras mundiales; en lo que hace a las escuelas de educación superior, la autonomía universitaria, anunciada por algunas escuelas libres, declarada en 1929 y que alcanzaría sustento legal propio y adecuado con la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma de México de 1944; la creación del Consejo Nacional de Investigación Científica en 1935, muestra de la atención que la administración pública ponía en la formación científica del país; la fundación del Instituto Politécnico Nacional en 1937, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en 1939, y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en 1942, para dar espacio propio a los estudios antropológicos que se habían iniciado en la Escuela de Medicina del Instituto Politécnico; El Colegio de México, en 1940, dedicado a las humanidades y a las ciencias sociales, después de haberse ubicado en otras instituciones de educación superior aquellos fundadores que en su antecesora, La Casa de España en México, cultivaron las ciencias físicas, químicas y biológicas. No podemos dejar de señalar, al lado de aquellas instituciones públicas, la fundación de instituciones privadas que han ganado terreno y merecido prestigio, como el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey y la Universidad Iberoamericana (originalmente como Instituto Cultural Universitario), en 1943, y el Instituto Tecnológico Autónomo de México, en 1946. Hay más entorno a este segundo periodo fundacional y de afirmación de la educación superior en el país, pero creemos que la señal más evidente es la confirmación

del lugar indiscutible que ganó, como máxima casa de estudios, la Universidad Nacional Autónoma de México; confirmación que se hizo patente con la inauguración de la Ciudad Universitaria en 1953.

Si no todo, sí lo más (casi todo) parecía concentrarse, con la Ciudad Universitaria, en la capital del país, centro rector de la vida política y de la actividad de la universidad mexicana, concentración apenas desdibujada por las principales universidades de los estados (la de Guadalajara, la Autónoma de Nuevo León y la de Puebla), algunas nacidas de los colegios civiles en que se preparaban profesionistas y muchos aspirantes a estudiar en la capital. Había más, cierto, y el cuadro cambió a lo largo de la segunda mitad del siglo; drásticamente, en los últimos 30 años, al compás del crecimiento poblacional (la población pasó de 25 791 017 a cerca de los 100 000 000 de habitantes, entre 1950-2000); crecimiento que hoy por hoy es el dato más evidente para medir los retos de la escuela mexicana (sí es que todavía podemos hablar de ella como un propósito de identidad nacional que la experiencia del siglo XX obliga a reconsiderar para enfrentar un siglo XXI en el que el nacionalismo parece liquidado y en el que las identidades socioculturales se ofrecen como más urgentes, ante la insuficiencia de los antiguos límites político-estatales y el crecimiento de los mercados y la aceleración incontrolada de las comunicaciones).

Volvamos a nuestros datos de la educación superior en México. La población casi se triplica entre 1950-2000; el número de instituciones académicas de educación superior crece en proporción espectacular, pero no en dimensión suficiente para atender las necesidades impuestas por el desarrollo de la ciencia, de la técnica y de un mercado cada día más competitivo. He aquí algunos números:

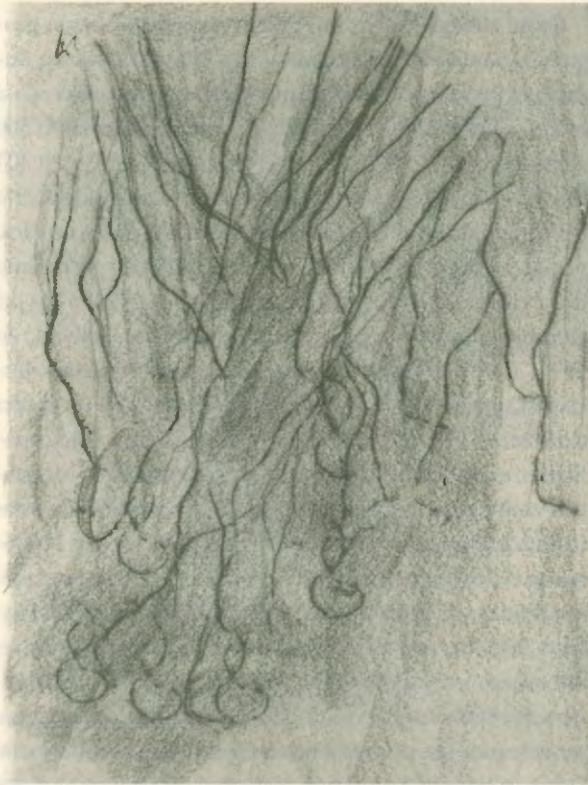
Año	Instituciones	Alumnado
1950	24	30 000
1960	109	76 000
1970	118	215 864
1980	307	833 384
1990	776	1 246 700
2001	1 250	2 038 300
	(Unidades académicas: 1 533 660 públicas y 873 privadas)	

Sobre estos datos hay que pensar en la distribución geográfica, para advertir cómo las proporciones cambian durante el periodo de crecimiento cada vez más acelerado a medida que avanza el siglo. En 1961 se registraron 90 300 alumnos, 60 893 (67.43%) en el Distrito Federal y 29 407 (32.57%) en los estados; todavía en 1970 hallamos 52.5% del alumnado en el Distrito Federal y 47.5% en los estados, pero a partir de la década siguiente el ya débil predominio de la capital de la República se pierde: en 1980, 62% del alumnado se encontraba fuera del Distrito Federal; en 1990, 77%, y en el año 2000, 80% del estudiantado de educación superior se encontraba fuera y sólo 20% en el área del Distrito Federal, en las llamadas instituciones metropolitanas, que atienden a un numeroso alumnado de los estados colindantes. Y si bien es cierto que algunas de estas instituciones metropolitanas, como la Universidad Nacional y el Instituto Politécnico Nacional, tienen unidades académicas de investigación y de posgrado fuera del Distrito Federal, se han constituido en metropolitanas, es decir, en parte fundamental –pero parte al fin y al cabo– de un sistema que tiende a la descentralización y deberá ser considerado por regiones con el fin de entenderlo, tal como lo hace la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior (ANUIES) fundada en 1950, año por demás significativo en el panorama que venimos esbozando.

En el posgrado, cuyo alumnado crece a ritmo acelerado (de 5 903 alumnos registrados en 1970 pasamos a 127 751 en 2001, suma en la que se considera 71% de maestrías, 22% de especializaciones y sólo 7% de doctorados), la tendencia es la misma aunque más lenta debido al surgimiento posterior de los programas de posgrado en las instituciones de los estados (actualmente 68% de los programas de posgrado se localizan fuera de la capital de la República y 32% en ésta). Pero con el incremento de los programas, esta tendencia descentralizadora se acentúa.

Así, hablar de un programa nacional de educación superior parecía inevitable desde la perspectiva centralista que se imponía, por la necesidad y por la fuerza de las cosas, hasta la mitad del siglo XX; con el cambio de la perspectiva, hablar de ese sistema nacional obliga a un esfuerzo de organización y de redefinición del horizonte que se abre –podríamos decir que se dispersa– cada día más.

A los datos que hemos dado anteriormente debemos agregar otro muy significativo: el predominio de las instituciones y unidades académicas privadas sobre las públicas. En 2001 encontramos 1 533 unidades académicas,



correspondientes a 1 250 instituciones registradas en el anuario de la ANUIES; de esas 1 533 unidades, 873 son particulares y 660 públicas, es decir, 213 más de las primeras, resultado de una tendencia que quizá fue moderada al principio, pero que es desbordante e incontrolada (confiamos en que sea controlable) en los últimos años, en los que hemos visto multiplicarse “universidades” y centros de enseñanza profesional que se dicen acreditados (y algunos lo están formalmente) para ofrecer “carreras” y títulos, en un mercado incontrolado, en el que los criterios de acreditación ignoran, por principio, todo proyecto de educación nacional, no se diga ya un plan de escuela mexicana fincado en el supuesto de la soberanía nacional, definida por la rectoría del Estado.

Esta rectoría va siendo desbordada y disuelta por cauces de una oferta académica que responde a urgencias laborales, frente al encogimiento y recomposición del empleo. Las instituciones mejor dotadas económicamente ganan la delantera en la formación profesional en los campos de la tecnología y de los servicios demandados por el comercio internacional, e imponen con más evidencia el modelo de las carreras de éxito y ascenso social que tienden a repetirse en las instituciones públicas (derecho, por inercia tradicional, contabilidad, por inercia

y posibilidades de empleos menores inmediatos, administración por expectativas...), en las que es difícil responder al criterio de pertinencia de los estudios respecto a necesidades percibidas en los esfuerzos de planeación. Si bien es cierto que la universidad pública sigue atendiendo a la mayor parte del estudiantado y es en ésta donde la *investigación* en todas las disciplinas tiene su principal asiento, también lo es que en la acreditación internacional hoy requerida en las ramas profesionales más cotizadas y mejor pagadas las instituciones particulares juegan con ventaja, debido al poder adquisitivo y a la situación social de la población a la que atienden. Por las ganancias que obtienen y por las relaciones empresariales propias del mercado, han podido extender sus servicios, algunas con calidad indudable y probada por los requerimientos de acreditación exigidos por las autoridades públicas, como es el caso del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, con sus 33 unidades en el país y sus residencias para estudiantes que salen a completar los estudios en el extranjero, caso comparable al del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) que cuenta con interesantes convenios de intercambio.

Convenios que también realiza la universidad pública, pero que sólo pueden beneficiar a una mínima parte del estudiantado mejor dotado y más comprometido, el que llega con éxito a los últimos años a veces después de sortear situaciones ingratas y negativas como la que vimos en la pasada “huelga” de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Cierto es que la universidad pública se esfuerza en incrementar la calidad y que en los planes de la Secretaría de Educación está el otorgamiento de recursos para la elaboración de diagnósticos y la planeación integral de cada institución, así como el fomento de las relaciones interinstitucionales, apuntando a la evaluación del desempeño. También lo es que en esto concurren otras instancias, como el Sistema Nacional de Investigadores, cuyas características e incidencia en la educación superior sería tema de un capítulo extenso y complejo. Así, con nuevos elementos, a partir de los años ochenta del recién pasado siglo, se ha abierto el camino a la cultura de la evaluación, congruente con el mundo de la competencia y las relaciones internacional, regional, transnacional y transregional generalizadas. Pero, ¿puede sustentarse en esta vía un plan de educación nacional?, ¿puede y debe este plan sostenerse como aspiración de un sistema de educación superior?

Si el sustento original fue el nacionalismo incluyente, es decir, el esfuerzo para lograr la vida autónoma de

una sociedad que se suponía articulada políticamente en el concurso de otras sociedades igualmente articuladas, las fuerzas del mercado en las que se desarrolla un comercio educativo y dentro de éste un comercio escolar transnacional desfiguran el cuadro vigente en la mayor parte del siglo XX; cuadro que se vino abajo en las dos últimas décadas, pues si el siglo XIX fue el de las nacionalidades, el XX fue el de los nacionalismos en que cobraron vida universidades e institutos nacionales. Éstos se abren para integrarse a proyectos sin fronteras, como vemos en Europa cuyo ejemplo y vigencia animan a las instituciones más competitivas —algunas de calidad indudable; otras, nos parece, de fraudulento negocio— que miran más al mercado que a la calidad en la formación integral del hombre, que es la consistencia primera y última de la educación, relegando así a último o a ningún término el sentido de la identidad nacional, supuesto de la convivencia humana, difícil de definir, pero insoslayable como realidad problemática.

¿Cabe entonces, nos preguntamos de nuevo, la perspectiva de la educación nacional? Creemos que sí, porque si bien es cierto que las fronteras idiomáticas y políticas se derrumban por el impacto de la técnica y de la comunicación electrónica, los problemas de las sociedades desarticuladas o frustradas como tales sociedades por la falta de integración obligan a la búsqueda de articulación, incluso para contrarrestar la exacerbación de identidades e integridades agresivas y excluyentes de nacionalidades “descubiertas” ante el impacto de la globalización, señalada como culpable entre los culpables de la crisis de nuestro tiempo y con la que para bien o para mal hay que contar si queremos enfrentar los problemas de poblaciones que crecen y decrecen a ritmos dispares, en medio de la destrucción de recursos naturales y culturales no renovables, pese al aumento de la “esperanza de vida” que aparece como horizonte sin proyectos vitales, y que urge reconstruir precisamente con el auxilio de la educación superior.

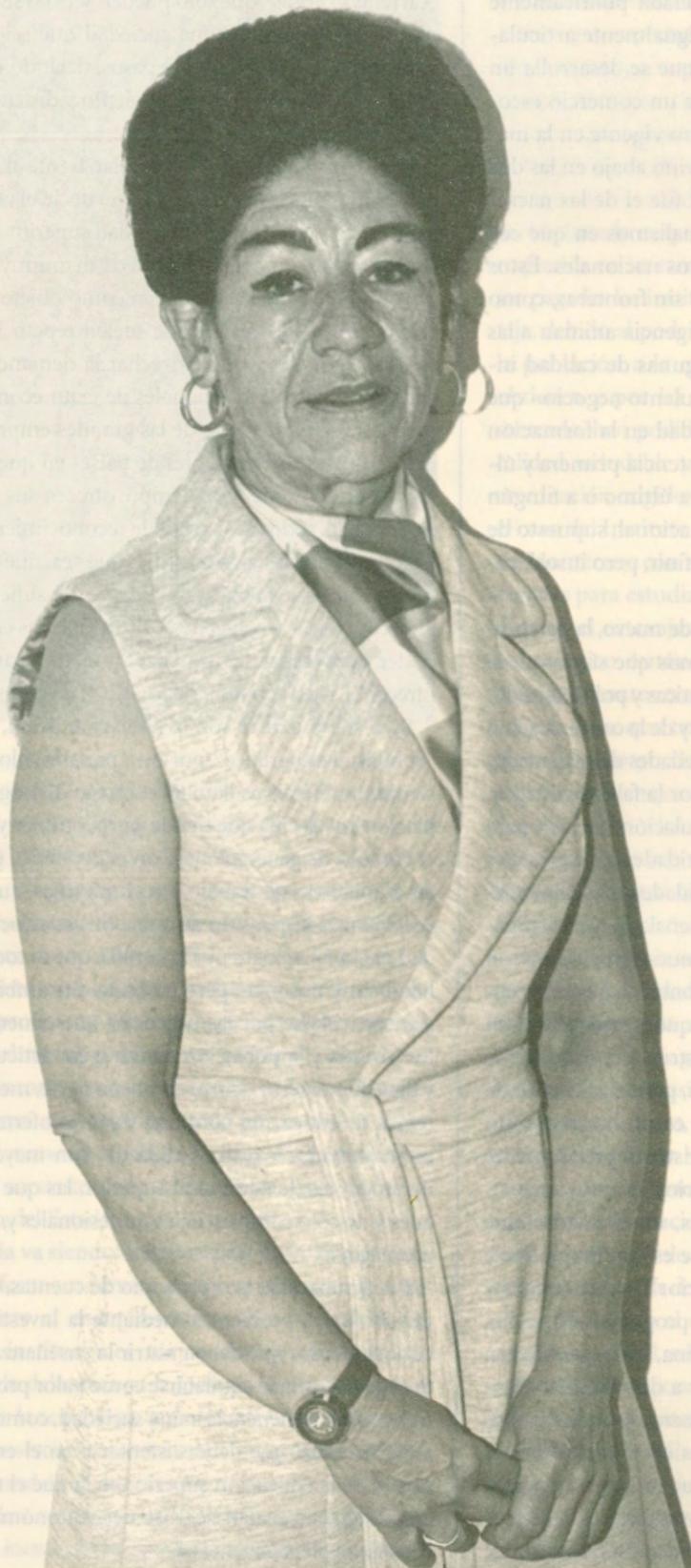
Pienso, por principio de cuentas, en el cuadro que ofrece la enseñanza profesional, que es con la que suele identificarse a la “educación superior”, reduciéndola y empobreciéndola. La repetición de programas (derecho, administración, contabilidad, medicina, etc.) que ofrecen las instituciones, obliga a repensar y a distribuir la oferta para situarse, por lo pronto, en un mercado cada día más agresivo y excluyente. Lo que vemos en nuestros días es desaliento, falta de empleo para muchos, cada vez más, entre quienes han terminado los estudios, y la deficiente preparación de quienes han cumplido con el modelo de

“carreras exitosas”, que sólo pueden serlo si se realizan en el nicho privilegiado de una sociedad que selecciona, cada vez más, desde los primeros pasos, dejando escaso o ningún campo para el aprovechamiento y disfrute de una auténtica oferta cultural.

Por lo que hace a la oferta escolar, frente al llamado “bono demográfico” de nuestro país, es decir, el crecimiento de la población en edad de escolaridad superior (18-25 años), mientras que en países europeos disminuye, ha llegado a fijarse en esa población joven como objeto privilegiado, único, diseñando planes que suelen repetir los esquemas trillados con el fin de aprovechar la demanda de inercias sociales (carreras profesionales de éxito económico, ¿para quiénes?, en el mercado de las grandes empresas transnacionales). Las universidades de países en que la población ha decrecido desde hace tiempo, ofrecen sus aulas vacías y su prestigio, todo un sistema de reconocimiento de acreditación internacional, sea esto lo que sea, que suele negarse a la universidad pública que lidia con insuficiencias sociales y educativas y con el peso de estructuras envejecidas sin poder aprovechar las ventajas que sus recursos podrían ofrecer, si estuviera libre de las muchas trabas.

Pero si eso ocurre con la población joven, la que ofrece “el bono demográfico”, por otra parte está lo que con mal sentido pudiéramos llamar “el rezago demográfico”, la población envejecida que tiende a predominar y que significa el cúmulo de generaciones con experiencia, pero sin lugar en el mercado de trabajo y con mínimas, cuando las hay, condiciones de pensión de retiro. Su articulación a la sociedad nacional se logra por la familia, que es todavía una realidad entre nosotros, pero no basta este ámbito que tiende a desarticularse por las urgencias que tienen que atender los jóvenes y la población madura; esa articulación puede y debe lograrse, se ocurre en buena parte, mediante los sistemas de educación continua y por la oferta cultural que están llamadas a realizar cada día con mayor eficacia las instituciones de educación superior, las que actúan como tales y no sólo como escuelas profesionales y, peor aún, como negocio.

Pueden hacerlo, por principio de cuentas, en la identificación de los problemas mediante la investigación y con conocimientos que deben nutrir la enseñanza; con la oferta de lo que puede aquilatarse como valor propio y compatible, como pertenencia a una sociedad, como partícipe del alma nacional que debe sustentarse en el entendimiento, objeto de la educación superior en la que el nacionalismo, entendido como afán de existencia autonómica y compartida, tiene plena vigencia.☺



Berta Ulloa Ortiz, 1927-2003

in memoriam

Un amor entrañable por la tierra, la de sus antepasados en Nayarit y la de su infancia en Veracruz, marcaron el principio y el fin de la vida de Berta Ulloa.

Siempre añoró el puerto jarocho con su sabrosa comida, ambiente guapachoso y estupendo café. Gracias a la generosidad de su sobrino, Manuel Ulloa, pudo pasar sus últimos meses a la orilla del mar, viendo correr a los niños sobre la arena y volar las gaviotas sobre las olas.

Entre ese punto de su partida definitiva del puerto veracruzano y su nacimiento en la ciudad de México, 76 años antes, transcurrió una vida cuya característica sobresaliente fue la entrega: a cuidar a sus familiares, amigos y compañeros y a cumplir con sus compromisos profesionales. Volcó su cariño y buena voluntad hacia los suyos y los extraños, y en particular hacia sus colegas del Centro de Estudios Históricos.

El primer amor de Berta fue la historia prehispánica. Pensaba dedicar la vida a su estudio cuando se interpusieron en su camino otros muchos proyectos, como recorrer los archivos de Europa y de América en busca de fuentes para la historia contemporá-

nea. Animada por Daniel Cosío Villegas, anduvo desde Argentina hasta Estados Unidos, Francia e Inglaterra para conocer sus ricas colecciones documentales. La amistad

que hizo con investigadores como Robert Potash nunca se desvaneció.

Berta fue de la "fábrica", esa organización ideada por Cosío Villegas para investigar, redactar y publicar la *Historia de la Revolución Mexicana*. Las horas dedicadas a este proyecto fueron incontables, como lo fueron también para otros colegas suyos que formaron una generación de respetados historiadores: Luis González y Moisés González Navarro, entre otros. La relación con don Luis fue especialmente estrecha, ya que Berta fue madrina de su matrimonio y de una hija. Otro historiador que compartió su vida profesional a lo largo de décadas y a quien le unía una amistad profunda fue Luis Muro, venido de tierras peruanas, cuyo destino fue quedarse para siempre en México. Con mucha pacien-

cia Berta dedicó varios años, después de dejar la dirección del Centro de Estudios Históricos, a ordenar las fichas que había hecho Luis Muro con el fin de publicar la *Guía de*

BERTA ULLOA

Su obra como historiadora es doble: útiles guías documentales y excelentes libros. Publicó en 1952 el *Catálogo de los Fondos del Centro de Documentación del Museo Nacional de Historia*; de mayor envergadura es *Revolución Mexicana, 1910-1920*, publicado en 1963 en el Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Igualmente útil es la *Guía de documentos relativos a México en archivos de Estados Unidos*, publicada en 1991; en fin, al ali-
món con Luis Muro publicó en 1997 la monumental *Guía de la Revolución Mexicana* en el Archivo Histórico de la Defensa Nacional.

Colaboró en 1971 con el artículo "Sesenta días decisivos entre México y Estados Unidos", en *Extremos de México*, Homenaje a Daniel Cosío Villegas. También colaboró en la *Historia General de México* con "La lucha armada (1911-1920)", publicada en 1976 y reeditada el año 2000. Como autora individual destaca *La Revolución intervenida*, la primera edición es de 1971, la segunda de 1976. A esta obra siguieron los tomos 4, 5 y 6 de la *Historia de la Revolución Mexicana*. En mi opinión ambas otorgan a Berta un lugar muy sobresaliente en la historiografía de la segunda década del siglo xx.

En fin, por su espíritu conciliador se ganó la confianza de sus colegas, y por su trato suave y afectuoso el cariño de sus amigos. Es natural, por tanto, que en el año 2000 se haya publicado *Diplomacia y Revolución. Homenaje a Berta Ulloa*.

Moisés González Navarro
El Colegio de México

Ramo Revolución Mexicana 1910-1920 del Archivo Histórico de la Defensa Nacional. Todavía le dio tiempo de terminar un estudio de Isidro Fabela en 1996 y de Henry Lane Wilson y Henry P. Fletcher para una serie sobre embajadores, publicada en 1998.

El traslado en 1976 del pequeño mundo de Guanajuato 125, en plena colonia Roma, al lejano y despoblado Camino al Ajusco significó ocupar un edificio recién construido, todavía húmedo, extremadamente frío, donde los trabajadores, cual cuadrillas de constructores de pirámides, cincelaban a mano las inagotables superficies de los muros para darles la textura rugosa apetecida por el arquitecto. En medio del golpeteo constante y de temperaturas que recordaban a Siberia, había un lugar cálido, si no caliente en El Colegio. Era el cubículo de Berta, donde siempre había café y galletas y una permanente invitación a sentarse a platicar. Ella hablaba de sus viajes, de las personas que conocía, y en medio de estas pláticas, sin sentirlo, iba emergiendo una visión de la vida, una filosofía, una moral que enaltecía los valores más admirados, por lo menos en nuestra civilización, de los seres humanos. Este espacio de reunión, antes de abrir la Sala de Profesores que ha existido desde hace muchos años en El Colegio de México, fue un lugar privilegiado para hablar de libros, intercambiar opiniones y crear la comunicación que define a una comunidad académica. Era informal, espontáneo, y reflejaba la personalidad de Berta, capaz de atraernos, de proveer un ambiente grato, sabio, virtuoso en el sentido más clásico. Así desempeñó su vocación de verdadera maestra. Nunca tomé clases formales bajo su dirección —hacía mucho que había dejado la docencia— pero lo que aprendí por la prédica y por el ejemplo se me ha grabado a mí y a muchos investigadores que estuvimos cercanos a ella.

Berta manejaba con destreza la prudencia, sin hacer jamás alarde de ella. Esto le fue especialmente útil en tiempos de crisis como durante las huelgas de los ochenta. Su casa se convirtió en el Centro de Estudios Históricos en el exilio; su voz la de la conciliación. Nunca echó leña al fuego ni se sobresaltó. Le tocó administrar la pobreza, después de décadas de relativa bonanza, que hizo con discreción, sin

lamentos ni desesperación ante la ausencia de fondos hasta para timbres postales. Organizó varios libros colectivos, que significó batallar con múltiples colaboradores, no siempre puntuales, sin desesperarse. Propició un clima de trabajo, de paz, tranquilidad y respeto mutuo en el Centro, en medio de revueltas que lo pudieron haber desquiciado.

Uno de los momentos que más disfrutó fue al recibir las Palmas de Oro del gobierno francés con motivo de sus 30 años como investigadora, y por supuesto por sus contribuciones a la historiografía mexicana. Siguieron otros homenajes a lo largo de los años, en El Colegio de México y en la Secretaría de Relaciones Exteriores, por mencionar sólo dos. Participó en el apoyo a archivos e instituciones de edu-

cación superior en la provincia, sobre todo en el Archivo Histórico de Saltillo y en El Colegio de Michoacán. Tuvo una visión integral del territorio mexicano: nada de pensar a la República únicamente desde la ciudad capital. Comprendía los alcances regionales e internacionales de la política, como quedó demostrado en sus trabajos sobre la historia diplomática y la veracruzana. Esta experiencia la aprovechó al ser miembro fundador del jura-



do del Premio Banamex de Historia Regional, Atanasio G. Saravia, así como en otros varios jurados que ocuparon noches y fines de semana durante meses cada año. Su dedicación a cumplir con éstas y otras tareas le privó de las vacaciones que tanto disfrutaba con su familia. Como amiga suya, no puedo escapar de cierta tristeza que provoca el recuerdo de estas privaciones, autoimpuestas, pero privaciones al fin.

Tanto colaboradores como alumnos guardan un cariñoso recuerdo de ella. Como dijo hace poco una egresada procedente de Guatemala, el calor y la amabilidad con que fue recibida en el Centro encabezado por Berta Ulloa, hace ya un par de décadas, forma parte de sus recuerdos más apreciados. Para todos aquellos que recibían su saludo cada mañana, de quienes se despedía cada tarde, que llegaban a tomar el café o simplemente a comentar los vericuetos de la naturaleza humana, su presencia fue enriquecedora, su calidad académica admirable y su calidez un ejemplo. €

A diez años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN)

La economía, la sociedad y el sistema político de México se han transformado dramáticamente desde comienzos de la década de los años ochenta. Después de la crisis de la deuda de 1982, México tomó una serie de decisiones para prevenir crisis futuras. Empresas estatales en la siderurgia, la minería y las telecomunicaciones fueron privatizadas y algunas fueron vendidas a empresas transnacionales. Acuerdos de liberalización comercial como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) fueron firmados con varios de los principales socios comerciales del país.¹

El TLCAN prometió mejorar las condiciones de los trabajadores en Estados Unidos, Canadá y México. No obstante, eso no ha ocurrido en México. Al contrario, la apertura comercial ha intensificado el ritmo de la pérdida de empleos en la agricultura y ha magnificado otros cambios en la estructura ocupacional que ya estaban ocurriendo antes de la firma del TLCAN. Los salarios reales se han estancado y los sindicatos se han debilitado. A pesar de las inversiones realizadas por muchas empresas transnacionales, gran parte del aparato productivo continúa utilizando equipo obsoleto y sistemas de organización del trabajo ineficientes.

La emigración rural.

Desde principios de los años noventa, alrededor de 600 000 empleos rurales han sido sacrificados como resultado de la reducción de aranceles para la importación de productos agrícolas. Importaciones de frijol, manzanas, uvas y otros cultivos han aumentado rápidamente, de

acuerdo con los calendarios del TLCAN. La mecanización de la agricultura mexicana, que se ha incrementado como respuesta a la liberalización comercial y los cambios constitucionales que permiten la apropiación privada de la tierra también han contribuido a la pérdida de esos empleos. Y lo peor todavía está por venir: los aranceles para la liberalización de las importaciones de maíz están en vías de ser eliminados, lo cual afectará a muchos de los habitantes rurales más pobres, porque se cerrarán los mercados locales en donde actualmente venden sus excedentes.

La pérdida de empleos en la agricultura ha contribuido a la intensificación de la migración hacia áreas urbanas: el crecimiento de las ciudades se ha acelerado desde que se estableció la liberalización comercial. Hoy en día, más de 80% de la población del país vive en ciudades, más de lo que se había anticipado hace sólo algunos años.

El ritmo de acuerdo con el cual los trabajadores agrícolas están llegando a las ciudades es más rápido que aquel de la creación de empleos. Las inversiones que favoreció el TLCAN han contribuido a la creación de unos 300 000 empleos, gran parte de ellos en las grandes ciudades de los estados fronterizos del norte del país. Pero hay que recordar que alrededor de un millón de personas se incorpora anualmente a la fuerza de trabajo.²

Como resultado de este desequilibrio, 40% de la fuerza de trabajo, unos 12 000 000 de empleados, no tiene ocu-

¹ Fuera del TLCAN, México tiene tratados de libre comercio con Chile (1991), Colombia y Venezuela (1992) y con la Unión Europea (2000). Actualmente, negocia con Japón un acuerdo similar.

² Rendón, T. y Salas, C. 1992. "El mercado de trabajo no agrícola en México. Tendencia y cambios recientes". *Ajuste estructural, mercados de trabajo y Tratado de Libre Comercio*, El Colegio de México. También Carlos Salas, "El impacto del TLCAN sobre los salarios y los ingresos en México", Economic Policy Institute (EPI), Briefing Paper, abril, 2001, véase en www.epinet.org/briefingpapers/nafta01.



pación estable. Muchos de ellos trabajan en el sector informal como vendedores ambulantes, trabajadores por cuenta propia, empleadas domésticas y obreros de la construcción. A pesar de que el empleo informal reduce el desempleo abierto, la remuneración que ofrece es errática y los trabajadores carecen de seguridad social.³

La pérdida de empleos en la agricultura ha contribuido también a incrementar fuertemente el número de trabajadores indocumentados en Estados Unidos. De acuerdo con el Informe de 1999 de la Comisión Binacional, establecida conjuntamente por México y Es-

³ Paradójicamente, el crecimiento del sector informal alcanza también actividades como la cosecha de verduras en estados como Sinaloa y el sur de Sonora en donde el reclutamiento de la mano de obra se realiza mediante el sistema de enganche. Trabajadores temporales son trasladados desde los estados de Oaxaca, Guerrero y Chiapas hacia esos lugares con remuneraciones por debajo del salario mínimo y en condiciones de trabajo similares a las que existían en las plantaciones de azúcar y algodón antes de la revolución mexicana. Véase *Reforma*, agosto de 1999; también Sara Lara (1996). *Jornaleras, temporeras y boías frías: el rostro femenino del mercado de trabajo en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas. También véase, "Encuesta Hogares de jornaleros migrantes en las regiones hortícolas de México", Unidad de Estudios sobre migración y empleo, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (una versión resumida se encuentra en *La Jornada*, jueves 9 de enero de 2003. También Ginger Thomson, "Behind roses's beauty, poor and ill workers", *The New York Times*, 13 de febrero de 2003.

tados Unidos,⁴ existe un estrecho vínculo entre la liberalización comercial y el aumento del flujo de migrantes indocumentados. Por lo cual es posible concluir que el TLCAN modificó la dinámica de los mercados de trabajo en las áreas rurales de México, pero no como se esperaba, es decir por medio de la creación de empleos locales.⁵

La estructura ocupacional.

A pesar de que los cambios en los mercados de trabajo rurales han sido muy profundos, son sólo parte de transformaciones más significativas en la estructura ocupacional del país. Éstas comenzaron antes de la liberalización comercial. Por ejemplo, los empleos en el sector de los servicios y la feminización de la fuerza de trabajo se incrementaron fuertemente en los años ochenta, así como el empleo de las maquiladoras. El TLCAN magnificó esas tendencias.

Entre 1940-1980, el empleo en las grandes empresas dominó el empleo no agrícola, lo que no es el caso hoy. Las grandes empresas de la siderúrgica, de la minería, de las telecomunicaciones y de otros sectores fueron reestructuradas en los años noventa para que pudieran ser privatizadas. Esa reestructuración dio lugar a despidos masivos a fines de los años ochenta y principios de los noventa. Hoy, las 500 empresas más grandes del país, en términos de ventas, dan cuenta de menos de 5% del empleo total del país:⁶ más de 85% del empleo manufacturero se ubica en empresas con menos de 50 trabajadores. El TLCAN ayudó a crear empleos en algunas grandes empresas, especialmente en la industria automovilística, pero gran parte de los puestos de trabajo se ubica en la pequeña industria.⁷

⁴ Secretaría de Relaciones Exteriores, Gobierno de México. 1997. *Estudio Binacional México-Estados Unidos sobre Migración*, México.

⁵ Entre 1994-1998, el último año para el que se dispone de estadísticas, las aprehensiones por el Border Patrol aumentaron de 979 100 a 1 516 700 personas, un total de 537 600 o unas 107 520 al año. El número de aprehensiones ha aumentado 55% en dicho periodo. Si por cada dos aprehendidos en 1998 uno hubiera logrado entrar, entonces el número de mexicanos indocumentados se habría incrementado en 758 350 personas entre 1994-1998. Véase R. Manning, "Five Years After NAFTA: Rhetoric and Reality of Mexican Immigration in the 21st Century", Center for Immigration Studies, Washington, D. C., marzo de 2000.

⁶ *Expansión* (México, D. F.), agosto de 2000: "Las 500 empresas más grandes de México".

⁷ Cambios en la estructura ocupacional también se reflejan en la geografía económica de México. Las inversiones y la actividad económica se han desplazado hacia el norte del país lejos de las implantaciones industriales de México, Guadalajara y Monterrey. Ciudades como Aguascalientes, Chihuahua, Toluca, Querétaro y Hermosillo han crecido en forma notable como resultado de nuevas inversiones.

Salarios estancados y sindicatos débiles

Después de la puesta en marcha del TLCAN los salarios reales se han estancado. El salario mínimo, que se establece anualmente por la Comisión Nacional de Salarios Mínimos, compuesta por representantes gubernamentales, patronales y sindicales, representa un estándar que sirve de punto de referencia para otros pagos como pueden ser becas, multas y prestaciones.

En 2003 el salario mínimo es equivalente a unos 120 dólares mensuales: dicho monto no ha variado mucho desde 1980 en adelante, cuando era equivalente a unos 100 dólares. Por su parte, los salarios contractuales, si bien han variado al alza, no lo han hecho de acuerdo con los aumentos de la productividad del trabajo.⁸

El TLCAN tampoco ha contribuido a mejorar los salarios de los sectores exportadores, como la industria maquiladora, la industria automovilística o la electrónica, en donde el promedio salarial fluctúa alrededor de los tres y medio salarios mínimos. En 2003 el valor de las exportaciones, incluyendo la producción de la industria maquiladora, fue diez veces mayor a la de 1990: sin embargo, la compensación total de los trabajadores de la maquila seguía siendo la misma que la que regía en 1993, casi una sexta parte de lo que recibían los trabajadores estadounidenses que reciben el salario mínimo (5.15 dólares por hora). Por el contrario, los empresarios de la maquila se han beneficiado de los incrementos de la productividad, pero sobre todo de las devaluaciones del peso (véase el cuadro 1).⁹⁻¹⁰

A pesar de que el sindicalismo en México perdió mucho de lo que fuera su influencia con las privatizaciones de las empresas estatales, en donde su poder era considerable, esa pérdida se ha acentuado todavía más desde la puesta en marcha del TLCAN. Esto ha ocurrido porque las empresas han presionado fuertemente a las autoridades del trabajo para reducir el control sindical sobre los mercados internos de trabajo (contrataciones, movilidad horizontal y vertical, horarios de trabajo, etc.) Por ejemplo, los em-

pleadores han eliminado la promoción por antigüedad, las cláusulas que bloquean la subcontratación del trabajo y las restricciones para el uso de mano de obra temporal, todo lo cual ha contribuido a flexibilizar el trabajo en aras de la competitividad.¹¹

Aparato productivo ineficiente

A pesar de las inversiones que las empresas transnacionales han hecho en México a lo largo de la década de los años noventa, a un ritmo de unos 10 mil millones a 11 mil millones de dólares al año, gran parte de las fábricas ha continuado utilizando equipo relativamente obsoleto y sistemas de trabajo ineficientes. Los mejoramientos tecnológicos se han concentrado en los sectores exportadores que son administrados por las transnacionales, particularmente en la industria automovilística y en la electrónica. Los mejoramientos que han tenido lugar han sido producto de transferencias de métodos de producción y de equipos de esas mismas empresas. La gran mayoría de las empresas nacionales no utiliza tecnologías avanzadas de producción.¹²

Los ejecutivos de las empresas saben perfectamente que deben adoptar nuevos métodos de producción y trabajo y elevar el grado de calificación de sus empleados para competir efectivamente en el mercado global. Sin embargo, sólo algunas empresas, de propiedad extranjera, han introducido métodos de control de calidad u otros métodos que promuevan la eficiencia y la productividad por medio de la participación de los trabajadores.¹³ En forma similar, sólo una pequeña fracción de los trabajadores ha recibido entrenamiento formal.

Algunas posibilidades para mejorar

El TLCAN es un elemento fundamental de la estrategia de desarrollo exportador de México. No obstante,

⁸ F. Zapata, 2002. "Salarios mínimos y empleo (con énfasis en los casos de Argentina, Chile y México)". *Papeles de Población* (Universidad Autónoma del Estado de México), octubre-diciembre de 2002.

⁹ El empleo en las maquiladoras aumentó fuertemente después de la puesta en marcha del TLCAN y llegó a un millón de personas en su punto más alto, alcanzado en julio de 1999. Desde ese momento, más de 200 000 trabajadores han sido despedidos, como resultado de la recesión estadounidense. Esto muestra la creciente vulnerabilidad de la economía mexicana a las fluctuaciones de la de Estados Unidos.

¹⁰ Como lo afirmó el presidente de la Chrysler Corporation en enero de 1995: "esta devaluación va directo al incremento de los beneficios de Chrysler" ("This devaluation goes straight to Chrysler bottom line"). *Business Week*, enero de 1995.

¹¹ Un análisis más detallado de estas cuestiones puede encontrarse en F. Zapata, 2000. "El sindicalismo y la política laboral en México: 1995-1998", *Región y Sociedad* (El Colegio de Sonora), XII, núm. 19, enero-junio, pp. 3-30.

¹² Véase Raquel Partida Rocha, *Empresas reestructuradas: innovación tecnológica, organización del trabajo y flexibilidad laboral. Los casos de las industrias electrónica y alimentaria de Jalisco*, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias y Humanidades, 2002. También, David Romo Murillo, "Derramas tecnológicas de la inversión extranjera en la industria mexicana", *Comercio Exterior*, vol. 53, núm. 3, marzo de 2003 y J. M. Grether, "Determinants of technological diffusion in Mexican manufacturing: a plant level analysis", *World Development*, vol. 27, núm. 7, 1999, pp. 1287-1298. También Enrique Dussel, "La subcontratación como proceso de aprendizaje: el caso de la electrónica en Jalisco (México), en la década de los noventa", Comisión Económica para América Latina y el Caribe (ECLAC), *Serie Desarrollo Productivo*, núm. 55, Santiago, 1999.

¹³ Zapata, F. (comp.), 1998. *¿Flexibles y productivos? Estudios sobre flexibilidad laboral en México*, El Colegio de México.

el fenomenal incremento del volumen y del valor de las exportaciones no ha representado un mejoramiento significativo de la condición de los trabajadores mexicanos. Se podrían imaginar algunos cambios en la política laboral para permitir que los beneficios de la liberalización comercial se transfirieran a los mexicanos en vez de hacerlo a las empresas transnacionales.

Por ejemplo, los salarios podrían seguir más de cerca los aumentos de la productividad en los sectores exportadores, y se podrían realizar inversiones en vivienda y en los servicios urbanos en las ciudades fronterizas en donde están ubicadas las maquiladoras. Obviamente, estos cambios no serán realizados próximamente. Pero deben serlo para que el impacto del TLCAN sea realmente sentido por toda la sociedad mexicana. €

Cuadro 1
México. Salarios mínimos en pesos y en dólares
por día y hora (1990-2001)

Año	Salario mínimo por nómina (Pesos por día)	Tipo de cambio interbancario 48 horas a la venta (Cierre de mes)	Salario mínimo por día en dólares	Salario por hora en pesos
1990	9.138,89 (1-1/15-11)	2.948,20 (nov 1990)	3.099	0.3874
	10.786,58 (16-11/31-12)	2.959,40 (dic 1990)	3.644	0.4556
1991	10.786,58 (1-1/10-11)	3.073,10 (nov. 1991)	3.509	0.4387
	12.084,02 (11-11/31-12)	3.071,00 (dic. 1991)	3.934	0.4918
1992	12.084,02	3.115,40 (dic)	3.878	0.4848
1993	13.06	3.1059 (dic)	4.204	0.5256
1994	13.97	5.3250 (dic)	2.623	0.3279
1995	14.95 (1-1/31-3)	6.8175 (marzo 1995)	2.192	0.2741
	16.74 (1-4/3-12)	7.6425 (dic 1995)	2.190	0.2737
	18.43 (4-12/31-12)	7.6425 (dic 1995)	2.411	0.3014
1996	18.43 (1-1/31-12)	7.9172 dic 1995)	2.327	0.2909
	20.66 (1-4/2-12)	7.8509	2.628	0.3286
	24.30 (3-12/31-12)	7.8509	3.091	0.3864
1997	24.30	8.0681	3.011	0.3764
1998	27.99 (1-1/2-12)	9.9404	2.815	0.3519
	31.91 (3-12/31-12)	9.8650	3.234	0.4043
1999	31.91	9.5143	3.353	0.4192
2000	35.12	9.6098	3.654	0.4192
2001	37.57	9.0710	4.141	0.5177
2002	42.15	9.8000	4.301	0.5376
Promedios			en dólares 2 775	en pesos 0 3909

Fuentes: Comisión Nacional de los Salarios Mínimos: www.conasami.gob.mx y Banamex: www.banamex.com. Tipo de cambio interbancario 48 horas a la venta, 1990-2002, página Internet, julio 2002.

Lamento

A LA MEMORIA
DE MI AMIGO
CARLOS ROCES

Ayer se juntaron todos tus minutos en
uno solo
Y explotó el silencio de tu noche eterna.
Ni la mañana enlutada, ni nuestro llanto,
Ni las súplicas de los que nos quedamos
Ni nuestras plegarias, que no son plegarias,
Ni nuestros gritos, ni nuestro dolor
Lograron arrancar esa sombra que se instaló,
desde muy temprano, en tu cabecera.

Nos dijiste adiós sin siquiera despedirte,
Cerraste los ojos para ya no recordarnos
Y escondiste el corazón para no herir el
sentimiento.
Buscaste otras miradas. Otras palabras,
otros brazos
Y te fuiste con la primera luz de la
mañana.
¿Qué haremos con tus cosas, con tus
recuerdos, con tus memorias, con tu
cariño, con tu felicidad tronchada,
con tu nostalgia?
Se las daremos también a la mañana
¿o nos quedaremos con ellas para seguirte
a donde vayas?
¿O las dejaremos contigo, a tu lado, dentro
de tu caja, al lado de tus padres, para

que te protejan de la noche?
¿O te las arrancaremos de las manos para
que mitiguen nuestro dolor?

Es tan natural aceptar la muerte
Y es tan difícil entregarte a los vientos de
la tarde.

Es tan sencillo imaginarte en otro cuarto
Pero, que tristeza nos produce tu butaca
vacía.

Es tan fácil verte levantar la mano
Pero, nos llena de dolor no ver tu sombra
proyectada
Contra el muro.

Es tan natural aceptar este vacío
Y tan difícil pronunciar tu nombre
Sin que se nos rompan las palabras.

Es tan natural decirte adiós
Y tan doloroso aceptar que ya no estás
entre nosotros.

Ayer se cumplieron todos tus
cumpleaños,
Todos tus deseos,
Todas tus amarguras,
Todas tus alegrías.
Ayer, también, se cumplieron todos tus
sueños,
Todas tus esperanzas

Toda tu tristeza
Todo tu silencio.
Ayer, fuiste enteramente tú
Pero, también ayer,
Y para siempre,
Dejaste de ser tú
Y te convertiste en un trozo de memoria
En un dolor inacabable,
En un grito que no acaba de escucharse,
En un recuerdo que no acaba de soñarse.

Ayer, contigo, en un acto amoroso
Se abrazó el ayer y el mañana.

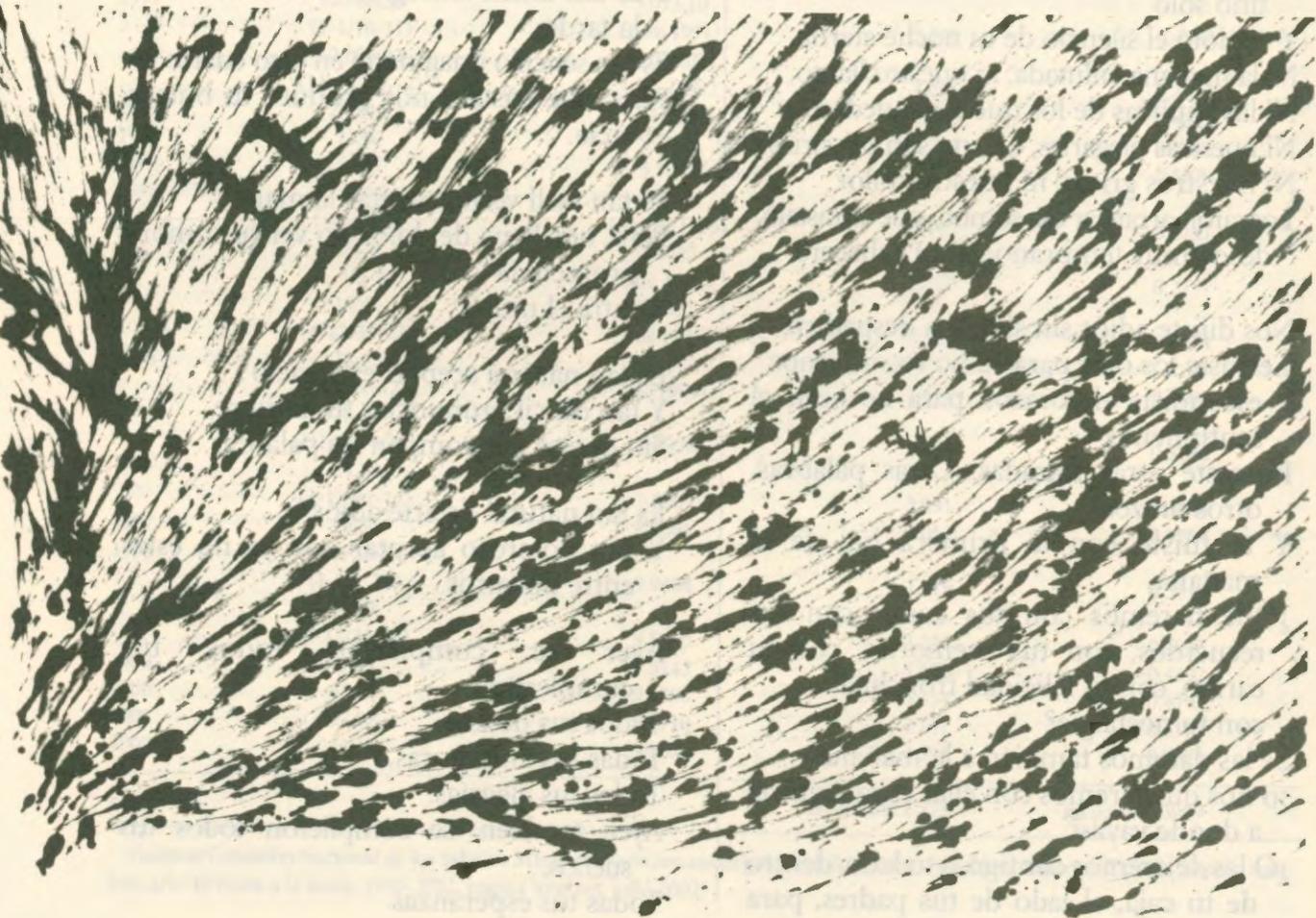
Ya tu ayer, no es ayer, ni mañana, ni pasado,
Ni nada, es tan sólo un recuerdo que vaga
en otro ayer,

En otro mañana.
Ayer te despedimos
Y ayer, también te entregamos a la tierra

Desde ayer, estás ahí, encajonado
Aprendiendo a vivir de otra manera,
A respirar de otra manera
A gozar de otra manera
A soñar de otra manera.

Y nosotros, también querido Charly,
Tendremos que aprender a vivir de otra
manera
A sufrir de otra manera
A quererte de otra manera
Y a soñarte de otra manera.

16 de julio de 2003.€



Por los caminos de la democracia.

El caso de los venezolanos

DISTINGUIDOS COLEGAS, APRECIADOS AMIGOS:

Ejerceré el privilegio de los conferencistas de apertura. No me sujetaré a la disciplina impuesta a los ponentes. En consecuencia, me quedaré con la primera parte del tema que me ha sido fijado de manera nada democrática, es decir inconulta. Me refiero al tramo que reza *Los caminos de la democracia en América Latina*. Lo haré, sin embargo, porque concentrarme en él no deja de ser una manera, aunque indirecta, de tratar también el segundo tramo del tema, que reza *revisión y balance de la "Nueva Historia Política"*. Prescindo, de los límites cronológicos porque tratándose del tema y de América Latina, y al ser vistos desde mi presente, no alcanzo a diferenciar muy bien los siglos XIX y XX. En suma, no me ocuparé directamente de cómo son vistos los caminos de la democracia, sino de cómo los ve un caminante que lleva ya algún tiempo recorriéndolos, y que por fuerza ha de referirse a su contexto originario venezolano.

o-o-o

Mi elección temática me permite formular la siguiente proposición, en torno de la cual habrá de girar esta conferencia: "En relación con la democracia en América Latina, son muchos los caminos que pueden alejar de ella, y sólo uno puede conducir a ella: la libertad".

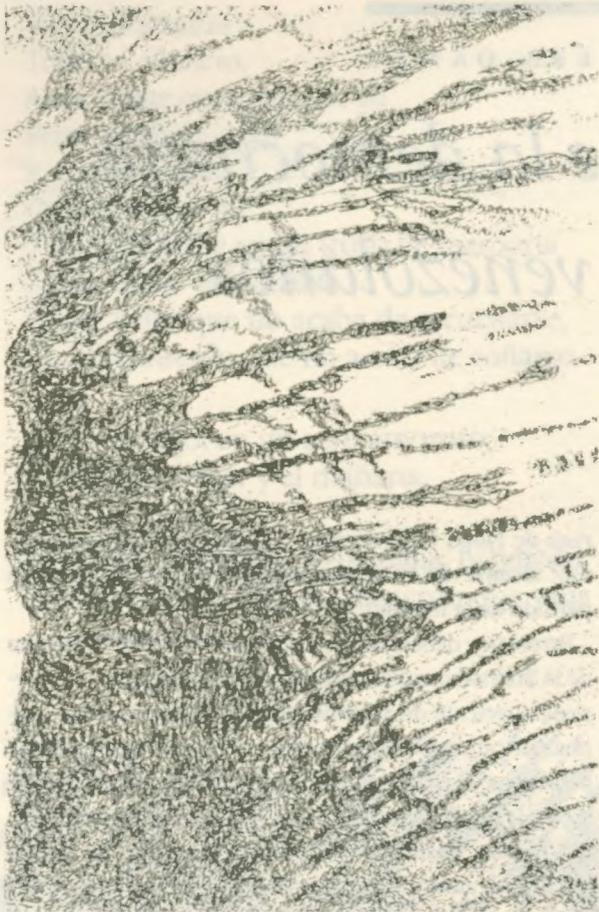
En efecto, en América Latina cada vez que se ha pretendido poner apellido a la democracia, sea en los estilos justicialista de Juan Domingo y Evita Perón, nacionalista-reivindicador de Omar Torrijos y Manuel Antonio Noriega, martiana-socialista de Fidel Castro, socio-sandinista de Daniel Ortega, bolivariano-milita-

rista de Hugo Chávez, etc., el resultado ha sido el mismo: alejarse de la democracia tomando el atajo de la pérdida de la libertad.

Parece que debemos preguntarnos si transitar el camino de la libertad conduce siempre a la democracia. La experiencia reciente de algunos regímenes democráticos latinoamericanos, y en primer lugar del venezolano, permite pensar que el ejercicio de la libertad puede conducir también a la pérdida tanto de la democracia como de la libertad misma. Ilustrar esta dolorosa conclusión ha sido la obra de los autócratas reparadores de la democracia, quienes para repararla necesitan detenerla (¿o quizás valdría decir secuestrarla?), privándola de su alimento indispensable que es la libertad.

Pareciera que los venezolanos nos hallamos atrapados en una trampa ideológica tendida —y no lo digo con ironía— por la circunstancia de que la democracia siempre nace imperfecta. Lo que es más, está destinada a vivir su imperfección hasta el momento en que una dictadura, que por ser tal siempre nace perfecta y por lo mismo jamás vive la imperfección, la interviene pretextando repararla.

Sólo que esta perversa operación reparadora me hace recordar la que practicaba un mecánico refugiado, huyendo de la narcoguerrilla colombiana en las afueras de puerto Ayacucho, en la Amazonia venezolana. Vivía en una choza situada en medio de un gran patio, abarrotado de trastes herrumbrosos que le habían traído para que los reparase. El mecánico de mi recuerdo, y los dictadores reparadores de la democracia, comparten el síndrome de la nunca conclusión de su obra reparadora, pues reciben artefactos defectuosos y los convierten en chatarra.



Me temo que ésta es la esencia de la “revisión y balance”, no solamente de la “Nueva Historia Política” de América Latina, sino de toda su historia política republicana. En el maltrato infligido a la democracia no parece haber habido innovación significativa, salvo el de apellidarla, como he dicho. Sobrecoge el espíritu crítico, el insuperable primitivismo de los medios ideológicos y políticos empleados por los salvadores de las democracias quebrantadas.

o-o-o

Debo advertir que mis consideraciones se apartan de lo que suele entenderse como un estudio académico de esta materia, quiero decir con exhibición de huellas de lecturas recientes, de preferencia de obras de autores anglosajones, y puesto a la sombra de reconocidos teóricos de la ciencia política. No desestimo tales trabajos, si bien debo confesar que ya me parece haberse agotado su capacidad reveladora de la realidad. Tampoco me

refugiaré, buscando una visión más actual, en la obra de Alexis de Tocqueville.

Me esforzaré por hacer que mis consideraciones se correspondan con el diseño original propuesto para este Seminario, que consistía en ofrecer una oportunidad para digerir intelectualmente algunos acercamientos al tema, cuya virtud básica fuese versar sobre experiencias democráticas, logradas o fallidas, ocurridas en nuestra América. El fin era procurar extraer algunas líneas interpretativas del curso que han seguido, siguen y probablemente seguirán nuestras sociedades en materia de democracia.

Puesto que no citaré autoridades, me creo obligado a decir que mis palabras cuentan con los siguientes apoyos:

En primer lugar, tengo 73 años y estoy políticamente despierto desde que contaba 13, gracias a una mesa familiar en la que un padre preocupado ponía los temas de conversación. He vivido la historia de mi país desde el ocaso de la dictadura del general Juan Vicente Gómez Chacón, pues si bien éste murió en diciembre de 1935, nos tomó casi una década acabar de enterrarlo. En consecuencia, viví en mi país el nacimiento de la democracia en 1945-1948; en el exilio su eclipse dictatorial neomilitarista-desarrollista, con reivindicaciones de carácter nacionalista, en el lapso 1948-1958; de nuevo en mi país su renacer a partir de 1958-1961, al igual que el asedio guerrillero castrista que le fue montado desde entonces y las cuatro décadas de ejercicio de la que algunos consideran hoy, hasta de buena fe, como la democracia imperfecta, y sobrevivo la actual inmersión de ésta en el pantano militarista-bolivariano-castrista. Asumo, por consiguiente, la responsabilidad del observador-participante, papel tan respetado en antropólogos y sociólogos y tan poco confiable en historiadores, pues el saber común exige de los primeros que estén lo más cerca posible de lo que tratan, mientras que a los últimos les impone el alejamiento como prenda de objetividad.

En segundo lugar, el estudio de la historia de Venezuela ha sido mi ocupación, profesional y privada, a lo largo de medio siglo, viéndola en toda su extensión, y en forma comparativa gracias, especialmente, a mi prolongada colaboración con UNESCO en la *Historia General de América Latina*, la *Historia General del Caribe* y la *Historia del Desarrollo Científico y Cultural de la Humanidad*; y con la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Quito, en la *Historia de América Andina*.

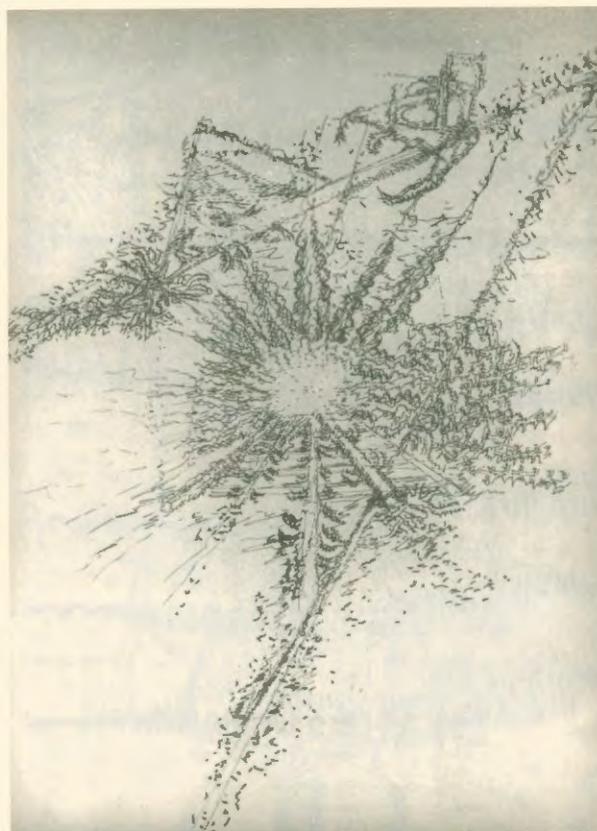
Como historiador he tenido la suerte, en ocasiones, al favor de una experiencia diplomática relativamente prolongada, de ser testigo privilegiado de muy diversas expe-

riencias democráticas: presencié el funcionamiento de la peculiar democracia imperial mexicana tramando la sucesión de Miguel de la Madrid, y la muy controversial y arcaica de César Gaviria en Colombia; las pugnas en el seno del poder democrático, que procuraba rescatarse del socialismo autoritario, entre Vaclav Havel y Vaclav Klaus, en la República Checa; el terso ejercicio de la democracia con René Felber en la Confederación Helvética; la sobrecogedora indiferencia de los moscovitas durante la fase final del derrumbe de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, en septiembre de 1991; el desarrollo de la grave crisis de la institucionalidad democrática en Venezuela a partir de la confabulada e irresponsable deposición de Carlos Andrés Pérez, y el avance de la subrepticia sustitución del Proyecto Nacional liberal democrático venezolano por una galimática versión del fidelismo autoritario y crecientemente represivo.

De otra parte, nadie debe —ni puede— renegar de sus orígenes. De maestro en historia de la Universidad Nacional Autónoma de México pasé a licenciado y doctor en historia de la Universidad Central de Venezuela, universidad ésta donde ejercí lo que benévolamente se llama la enseñanza de la historia —e incluso la dirección de la Escuela de Historia—, en una trayectoria de 25 años; trayecto largo y espinoso, pero también lleno de satisfacciones docentes y de valiosísimos estímulos formativos profesionales, y donde no dejé de recibir renovadas enseñanzas del ejercicio de una de las más incuestionables manifestaciones del sistema democrático en América Latina, como es la dialéctica de la democracia universitaria autónoma.

Por último, y como constancia de mi condición de observador participante, fui miembro fundador de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copro), instituida por decreto presidencial de 17 de diciembre de 1984. En ella dirigí la Subcomisión de Reforma Institucional, encargada del diseño de las reformas políticas dirigidas a “modernizar el Estado y ampliar y profundizar la democracia”, varias de cuyas recomendaciones han sido adulteradas, mas no derogadas.

Por consiguiente, creo que puedo considerarme, en estos afanes de la democracia, un genuino observador participante, al menos en el desenvolvimiento de la democracia en Venezuela. No pretendo, por lo mismo, que mis consideraciones valgan igual para otros teatros latinoamericanos, si bien creo que no carecería de interés relacionarlas con ellos, pues la larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia da testimonio de su sostenida vocación democrática, que arranca con el “Decreto de Garan-

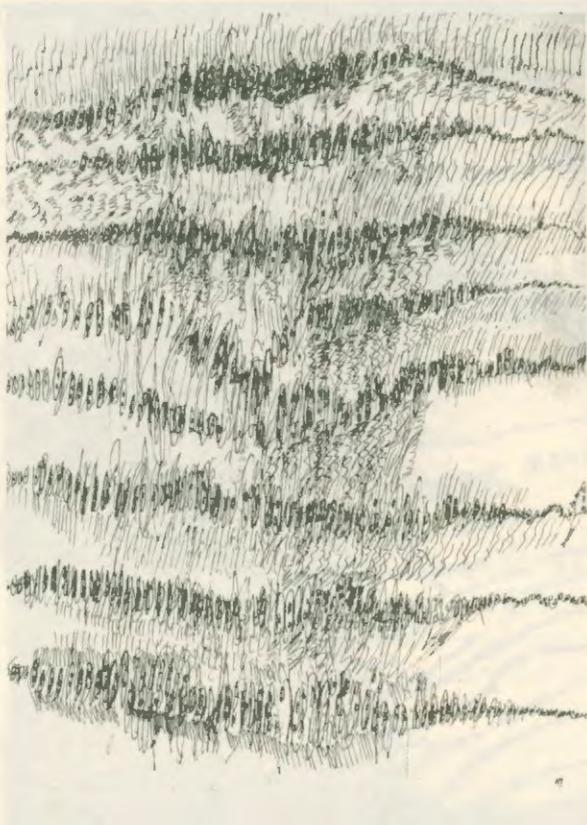


tías”, dictado por el general en jefe Juan Crisóstomo Falcón el 18 de agosto de 1863, el cual se abre con un considerando único: “Que triunfante la revolución deben elevarse a canon los principios democráticos proclamados por ella y conquistados por la civilización, a fin de que los venezolanos entren en el pleno goce de sus derechos políticos e individuales”.

Esa larga marcha condujo, en la segunda mitad del siglo xx, a la más rica y prolongada experiencia democrática moderna vivida por una sociedad latinoamericana.

o-o-o

Entrando en materia diré que la peripecia de la larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia ha estado regida, en la segunda mitad del siglo xx, por la acentuación del desfase entre el momento histórico vivido por esa sociedad y su conciencia histórica. Con esto quiero significar el distanciamiento que se ha ensanchado entre la evolución estructural y material de la sociedad y los modos y creencias con que ésta toma conciencia de sí misma y establece y formula sus objetivos.



La posible explicación de este distanciamiento consiste, por una parte, en que el momento histórico vivido por la sociedad venezolana ha evolucionado con un sentido de modernidad, movido y alimentado fundamentalmente por factores generados en el contexto internacional, y sobre los cuales la sociedad venezolana ha tenido escasos medios propios de acción. Por la otra parte, consiste en que el desfase explica el estancamiento, e incluso el retroceso, ocurridos hasta ahora, en las formas de conciencia asumidas por esa sociedad, y por ella empleadas para hacer el diagnóstico de su realidad y orientar sus acciones. Este desfase ha estorbado y retrasado el desarrollo de la sociedad venezolana como una genuina sociedad democrática moderna.

Para los fines de una exposición sumaria de estas cuestiones me ocuparé de los siguientes aspectos: I. Factores principales del desfase entre el momento histórico y la conciencia histórica padecido por los venezolanos. II. Expresiones principales del desfase entre el momento histórico y la conciencia histórica padecido por los venezolanos. III. Consecuencias principales del desfase entre momento histórico y conciencia histórica padecido por los venezolanos.

I. Factores principales del desfase entre el momento histórico y la conciencia histórica padecido por los venezolanos.

A. *El legado primordial de las historiografías patria y nacional*, consistente en la justificación y defensa de la independencia nacional por ambas, y en la legitimación del Proyecto Nacional sobre todo por la segunda, creó un estereotipo mental, explicable y hasta justificable. El producto de esta operación altamente ideológica resultó compatible con otras modalidades ideológicas decimonónicas, que le eran diversas en su origen y hasta contrapuestas en sus proyecciones, como sucedió con el antiimperialismo, deducido de los imperialismos europeo y estadounidense de la segunda mitad del siglo XIX y formulado como programa político por Vladimir Ilitch Lenin en la coyuntura de los siglos XIX y XX.

El rechazo del imperialismo no significaba sólo defender la independencia nacional, sino también entroncar, quienes convertían ese rechazo en lucha política, y sobre todo armada, con el pasado glorioso, al recomendarse como legítimos continuadores directos de los independentistas de comienzos del siglo XIX, y por lo tanto, en copartícipes de sus méritos como patriotas, y en herederos de su heroísmo. Para el efecto guardaban un acomodaticio silencio sobre la abrumadora visión de Simón Bolívar y Ponte compuesta por Carlos Marx. El resultado se hizo más contradictorio porque mientras algunos fogosos antiimperialistas tildaron a Francisco de Miranda y Simón Bolívar de agentes británicos, otros no falsearon menos el significado histórico del último nombrado esgrimiéndolo como el arquetipo del antiimperialista de todos los tiempos.

B. *El culto a los héroes*, y en particular el rendido a Simón Bolívar, instaurado como una segunda religión mediante su conversión de *un culto del pueblo* en *un culto para el pueblo*, es un poderoso instrumento para la manipulación ideológica de los venezolanos. Ofrece la vía más expedita de acceso a la conciencia colectiva.

Basta invocar a Simón Bolívar; es suficiente citar alguna frase de su extenso documentario, para acreditarse como patriota, y limpiarse de adherencias antirrevolucionarias. Para este fin ha sido necesario fabricar un Simón Bolívar popular, demócrata y, en tiempos muy recientes, compañero de ruta revolucionario, *avant la lettre*, de su detractor Carlos Marx.

No me acojo al mensaje que entrega Bertolt Brecht en su *Vida de Galileo*, al hacer que uno de sus personajes exclama:

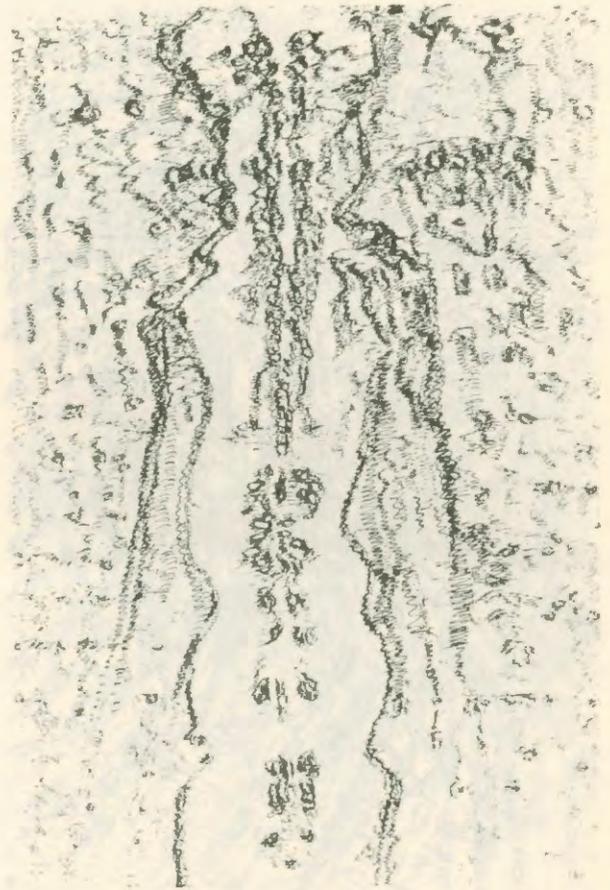
me: “¡Infortunado el país que no necesita héroes!”; para que otro le responda: “No. Infortunado el país que necesita héroes”. Quizás el problema no radica tanto en necesitar o no héroes, sino como sucede en mi sociedad, y seguramente no sólo en mi sociedad, en que al sacralizar a uno de ellos como el Héroe Nacional Padre de la Patria se deja expuesto su sarcófago, para que lo profanen a gusto los saqueadores de símbolos, méritos y virtudes, que han sido utilizados, de preferencia, como legitimadores de designios antidemocráticos.

C. *La tardía instauración del Estado liberal democrático, como desarrollo ideológico-político*, está relacionado en lo inmediato con la proyección de la segunda guerra mundial, en lo concerniente a la instauración de la versión moderna del régimen sociopolítico liberal, superando el liberalismo autocrático decimonónico, y en lo tocante a su obligada combinación con el programa socioeconómico de inspiración socialista. Este híbrido sociopolítico fue esbozado en la Constitución de 1947, y ampliado y profundizado en la de 1961. El cuerpo de derechos socioeconómicos así compuesto fue, quizás, el más completo e irrealizable de su tiempo.

Al comenzar a regir, esta mezcla de tiempos históricos hizo que la democracia liberal pronto pareciese una suerte de anacronismo sociopolítico. Sembró todo un semillero de desajustes y contradicciones en el desempeño del Estado, y en su correlación con la sociedad. Encargada de una versión del programa socialista que ni siquiera los estados declarados socialistas llevaron a la práctica satisfactoriamente, la democracia liberal venezolana quedó comprometida a realizar lo que no podía ni siquiera prometer.

Se generó así la oportunidad de que se viese desvirtuado el programa propio de la democracia liberal, al conducir a que se subestimara la libertad como valor, y a que se distorsionara el alcance real de la igualdad, volviéndola un agente inhibitor del empeño individual de bienestar y riqueza. La democracia, nacida en Venezuela con la determinación de saciar el hambre de aspiraciones de libertad e igualdad no realizadas, acumulada durante las dictaduras, quedó condenada a ser agobiada por el hambre de las aspiraciones económicas y sociales de imposible realización, con ella despertada.

Sin embargo, todavía son numerosos quienes no valoran debidamente el hecho de que ha sido la democracia liberal el más eficaz combatiente contra la exclusión. En lo correspondiente a la libertad, extendiendo el ejercicio de los derechos políticos a los jóvenes y analfabetas, e impulsando la



liberación social y legal de la mujer. En lo concerniente a la igualdad, mediante la apertura o el ensanche de los llamados canales de movilidad social vertical, en particular la educación y la pequeña empresa.

D. *La difusión del históricamente legítimo antiimperialismo decimonónico* por reputados pensadores y literatos latinoamericanos, como José Enrique Rodó y José Martí, y no tan reputados como José María Vargas Vila, abonó el terreno de las creencias para que arraigara el antiimperialismo teórico-doctrinario leninista, promovido por la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, para los fines de su acreditación como internacionalista, como sistema sociopolítico, y como contexto internacional necesario para su propia consolidación como Estado usufructuario de un vasto imperio.

Alcanzar este resultado ha significado recorrer un camino poblado de situaciones en las cuales la primera víctima ha sido, y sigue siéndolo, la lógica histórica. Me refiero a situaciones como la creada por el hecho de que quienes admiraron la fugaz decisión de Simón Bolívar de enviar a los



vencedores de Ayacucho, en 1824, a independizar Cuba, con el propósito de destruir la restante base para la realización de los proyectos fernandinos de restablecer su imperio americano, fueron los mismos que simpatizaron con los esfuerzos, heroicos y fallidos, de unos pocos mulatos y negros cubanos, por romper el dominio colonial. Pero fueron los mismos, también, que vieron reverdecer su hispanismo cuando la intervención estadounidense impulsó la independencia de Cuba, humillando la vocación, no ya colonial clásica, sino colonialista moderna, de la hasta entonces execrada Madre Patria.

Éste no es el único descalabro padecido por la lógica histórica. Cuando en 1941 el archienemigo de la entonces joven Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, Winston Churchill, abrió el camino para la formación del campo de la democracia en lucha contra el fascismo, Earl Browder, secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos, produjo un milagroso tónico ideológico que convirtió a los hasta entonces más frenéticos antiimperialistas, enquistados en los nacientes partidos comunistas la-

tinoamericanos, en colaboradores de sus hasta entonces más odiados enemigos imperialistas, con el fin de resguardar la meca de su lealtad, amenazada por el nacionalsocialismo.

No obstante, si algún sentimiento, y con frecuencia también alguna razón de carácter colectivo, ha perdurado en Venezuela, éste es el antiimperialismo; llevado a extremos a los que no se aventuran hoy ni siquiera los antiguos estados socialistas, que dan pruebas de obedecer a una conciencia histórica que se esfuerza por ajustarse al momento histórico que viven. ¿O será que esos estados han tenido tan poca experiencia histórica con el imperialismo, habiendo sobrevivido al ruso, al alemán y al soviético, que no advierten la presencia de la alimaña imperialista que asecha bajo la roca de la globalización?

E. *La crisis del socialismo, no ya del denominado socialismo autocrático, sino también del socialismo doctrinario, ha causado el derrumbe del andamiaje ideológico que sustentaba la fábrica político-doctrinaria, todavía en formación, de la democracia venezolana. La privó de su polo referencial más claramente definido, que permitía poner orden en la tradición autocrática, y groseramente militarista, todavía empeñada en preservar, pasada la mitad del siglo XX, los usos sociopolíticos del siglo XIX.*

El abanico ideológico-político venezolano de la segunda mitad del siglo XX partía de un referente bien reconocido globalmente, si no bien comprendido doctrinariamente, que era "el comunismo". A partir de allí se ubicaban las demás corrientes sociopolíticas: la socialdemocracia, el socialcristianismo y las que genérica e imprecisamente se denominaban "la izquierda" y "la derecha". Las vertientes ideológico-políticas instrumentales, como el militarismo tradicional, el sindicalismo y algunos radicalismos de izquierda, calificados de trotskistas, que desempeñaban papeles subsidiarios, se definían igualmente con referencia al "comunismo".

La crisis del socialismo, con la desintegración de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas y la desbandada de las denominadas Democracias Populares, ha sembrado la confusión en la fábrica ideológico-política de la sociedad venezolana. Quizás lo más sobresaliente del cuadro ideológico-político así descompuesto es que resulta muy difícil diferenciar a un socialdemócrata de un socialcristiano. A su vez, un sector minoritario de los sobrevivientes del socialismo autocrático ha terminado de enterrar a sus muertos, fundiéndose con la derecha militarista bajo la égida del bolivarianismo-castrismo.

Pero la historia nunca juega en un solo tablero. El otro está representado hoy, en Venezuela, por un amplísimo, masivo y nunca antes visto brote de la sociedad civil, reunida en la defensa de la libertad, valorada como condición esencial de la democracia. Esta reunión de voluntades lucha actualmente por impedir la plena instauración de una variante del proyecto castrista, que le había sido celosamente ocultada.

II. Expresiones principales del desfase entre el momento histórico y la conciencia histórica padecido por los venezolanos.

A. *La persistente confusión entre las nociones de Independencia y Libertad es una de las más letales manifestaciones del estancamiento de la conciencia histórica de los venezolanos.* No me refiero, por supuesto, a expresiones ligeras por el estilo de “éste es un país libre”, para significar “éste es un país independiente”. Me refiero al artero uso de esa confusión terminológica y conceptual por tiranos, tiranuelos, dictadores y dictadorzuelos —todos ponzoñosos—, para justificar y encubrir el delito de lesa humanidad que cometen al oprimir a sus pueblos, haciéndoles ver que las supuestas amenazas contra su dispositivo de opresión están dirigidas, según les convenga, contra la independencia, o contra la libertad, de sus respectivos países. El sanguinario dictador caribeño Fidel Castro es maestro en estas artes del engaño, encubriéndolo en el numantino lema de “Patria o muerte”. Su todavía pintoresco discípulo venezolano blande la espada de Simón Bolívar, a la manera como el desatado Manuel Antonio Noriega blandía el machete.

Sin embargo, hace ya casi dos siglos que se les advirtió a los latinoamericanos, y por ende a los venezolanos, que no deben confundirse las nociones de independencia y libertad. Un inquieto intelectual caraqueño, Simón Rodríguez, lo hizo en su obra *El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*, publicada en Arequipa en 1840:

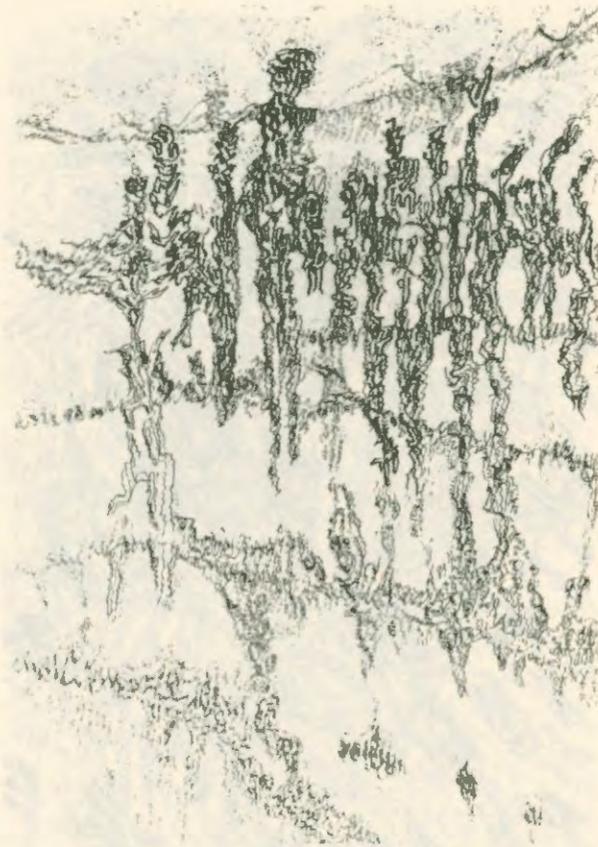
[...] Entre la Independencia y la Libertad hay un espacio inmenso que solo con arte se puede recorrer, y el arte está por descubrir: muchos han trabajado en él, pero sin plan. Principios más ó menos jenerales —rasgos ingeniosos— indicaciones de movimientos molestos ó impracticables —medios violentos— sacrificios crueles, es lo que tenemos en los libros[...] La Independencia es el resultado de un trabajo material —la Libertad no se consigue sino pensando: resistirse, combatir y vencer, son los trámites de la primera— meditar, proponer, contemporizar, son los de la segunda. El mérito de haber conseguido la In-



dependencia es por mil razones disputable —*resolucion*, todos pueden haberla tenido— *valor*, muchos pueden haberlo probado— *de la victoria*, ¿quién no creará deber reclamar una gran parte? Pero el plan de operaciones para la consecución de la libertad, no puede ser, en su origen, la obra de muchos: las ideas discutidas al nacer se malogran, las que llevan por objeto la Libertad social no pueden ser simples, y mientras se componen necesitan ellas mismas de una Libertad —el rigor de la discusión las haría avortar ó desvanecer. (pp. 46-47.)

Más cerca de Caracas, el legislador grancolombiano fue reiterativo en referirse, como lo hizo en el decreto de 28 de julio de 1824, “Sobre facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo[...] al sistema de la libertad e independencia”... Dejó sentado así que ambos alimentos vitales del hombre pueden andar o no juntos, si bien juntos sientan mejor a su dignidad.

Los venezolanos hemos padecido el uso perverso de la noción de independencia nacional, como coartada para encubrir la práctica soberana de la opresión. Hoy vivimos un intento de restablecer esta nefanda práctica, sólo que una creciente mayoría del pueblo venezolano ya ha conocido tanto la independencia como la libertad, y rechaza la



artera trama de los adversarios de la democracia que desvirtúa esos valores.

Para beneplácito de los pueblos amantes de la independencia en el ejercicio de la libertad, único clima propicio al florecimiento de la democracia, esta última ha comenzado a recibir el refuerzo de una nueva modalidad de la solidaridad internacional, añadida a las muy eficaces que ya operan en las áreas del bienestar social y del socorro. Me refiero al derecho de injerencia, todavía en camino de definirse de manera acabada, en virtud del cual los pueblos privados de democracia, por la vía de la negación de sus derechos humanos y políticos, podrán recibir apoyo multinacional para defender o reconquistar esos derechos, constitutivos de la genuina soberanía, es decir la popular, sin que sea vulnerada la independencia nacional.

B. La progresiva pero difícil asunción de la correlación funcional entre las nociones de Libertad y Democracia, es otra de las manifestaciones tenaces del estancamiento de la conciencia histórica del venezolano. Aun antes de la constitución del Estado de Venezuela, en 1830, comenzamos los

venezolanos a vivir el forcejeo entre la libertad y el autoritarismo y sus derivados, siempre más feroces. Hemos luchado contra esta jauría invocando la libertad, para caer presas de una jauría que, por lo general, era otra y sin embargo la misma.

En ese cruel engaño estuvimos casi hasta mediados del siglo xx, pues el postulado democrático del general en jefe Juan Crisóstomo Falcón, que he mencionado, cayó en olvido ya al siguiente año de proclamado, al desaparecer del texto de la Constitución de 1864 hasta la mención de la democracia. En la práctica, al rechazar el despotismo lo que buscábamos, aunque sin saberlo muy bien, era la libertad, presentida como el camino hacia la democracia. A comienzos de la segunda guerra mundial el espíritu de ese subestimado documento denominado "Carta del Atlántico", aprobada en agosto de 1941, no sólo ayudó a poner en claro la distancia que mediaba entre independencia y libertad, sino también a comprender que al ser la libertad el camino hacia la democracia, es esta última el baluarte y la garantía de la libertad. En esos momentos llegaba a tanto nuestro desconcierto ideológico que se pretendía hacer pasar por demócrata a un gobernante porque no nos había quitado lo que no tenía derecho a dar ni quitar, es decir una porción de libertad.

Sólo que la libertad puede llegar a ser como el aire que se respira, cuya presencia se advierte cuando comienza a faltar. Vivir en libertad puede convertirse en terreno propicio para que prosperen las empresas políticas destinadas a limitarla y hasta suprimirla, justificándose con los propósitos de promover la igualdad y de combatir la corrupción y la pobreza. Los venezolanos estamos aprendiendo a enfrentar esta perversión de la libertad. Dos generaciones han sabido lo que es vivir en libertad, aunque al amparo del ejercicio siempre imperfecto de la democracia, hasta el punto de no poder valorar debidamente esa circunstancia porque nunca, hasta ahora, tuvieron que luchar por la libertad, porque nunca conocieron la dictadura teniendo que enfrentar situaciones de privación de libertad. De quienes les antecedimos, y conocimos tales situaciones con costo personal, suelo decir que "no sabemos cuánto vale un gramo de libertad, pero sí sabemos cuánto nos ha costado".

Reconforta nuestro espíritu la presencia masiva de la juventud en las manifestaciones de la sociedad civil venezolana. Es indicio claro y persistente de que toma cuerpo la convicción, socialmente arraigada, de que es el vínculo orgánico entre libertad y democracia el que ha de regir la actual Venezuela, en ejercicio auténticamente soberano de su independencia.

C. *La democracia desvirtuada*. La tardía iniciación de la institucionalización del Estado liberal democrático en Venezuela, en 1945-1948, se dio en circunstancias nacionales e internacionales determinantes del compromiso político e ideológico, ya comentado. Al significar esto que el constituyente le encargó al Estado liberal democrático la realización de un programa social y económico de inspiración socialista, se desembocó en una concepción desvirtuada de la democracia.

Esta incongruencia funcional se acentuó en la medida en que la apertura social y política, auspiciada e impulsada por el Estado liberal democrático, aunada al efecto transformador de la inmigración masiva y el auge petrolero determinado por la reconstrucción de Europa, magnificaron las demandas sociales con una aceleración, y en una magnitud, que la democracia, restablecida en 1958 y escasa de recursos materiales y humanos, enfrentó con eficiencia y diligencia decrecientes.

Las urgentes demandas sociales, concretadas en un proceso de acelerada urbanización y una política no del todo exitosa de creación de polos de desarrollo, generó, luego de haber sido derrotada militar, policial y políticamente la guerrilla castrista, un clima social de aspiraciones frustradas. Este clima fue propicio al ejercicio de la otra cara de la democracia, la demagogia. El saldo fue el pasajero descrédito de la democracia liberal, aun en circunstancias en que cualesquiera otras democracias no sólo no han podido entregar el cumplimiento de sus promesas redentoras, sino que han sumido a sus respectivos pueblos en un estado de desaliento en el cual la pobreza sin esperanza y la violencia enloquecida campean a sus anchas.

Me ocupé de esta manipulación de la democracia al comentar en la prensa de Caracas, teniendo como referente el caso venezolano, el informe presentado por la directora para América Latina y el Caribe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en San José de Costa Rica, el 29 de junio de 2000.

Se confirmó allí mi preocupación acerca de que la democracia —no ya la latinoamericana, que es considerada una subespecie degenerativa de la verdadera democracia, por observadores europeos insertos en sociedades que soportaron el nazismo, el fascismo, el falangismo y hasta el salazarismo; sino la democracia en su más desnuda presentación—; la democracia, digo, soporta el asedio de cuestionamientos desatinados que acentúan la esencial fragilidad de la democracia, para conveniencia de los componedores, remendones, rescatadores y restauradores de la

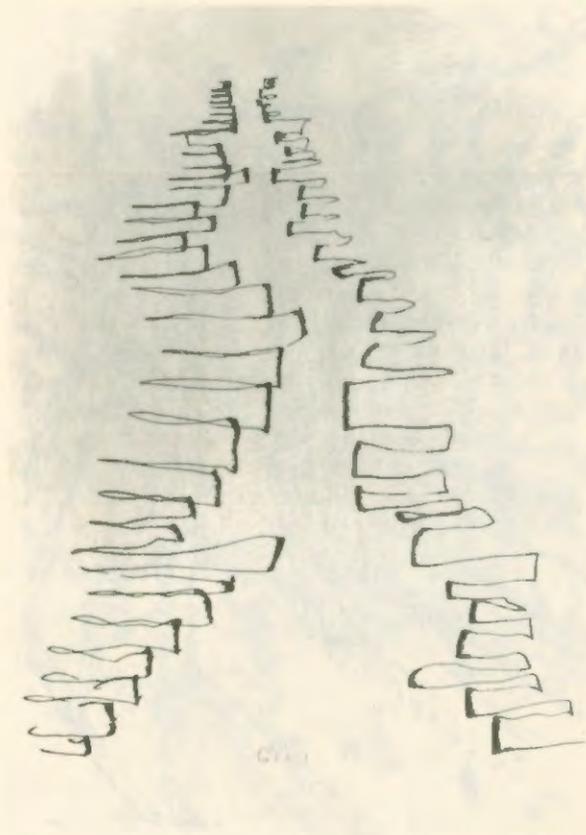


democracia, ya señalados. El informe enriquece las maneras de debilitar la democracia.

Una consiste, como he dicho, en recargarla de obligaciones que ella ni ningún otro régimen sociopolítico conocido ha podido cumplir, como lo prueba el estruendoso fracaso del socialismo, desde el autocrático patentado hasta el tiránico mal disimulado. Aún pertenece al reino, no de la utopía, sino de la fantasía, un régimen sociopolítico, llámese democracia o como se llame, capaz de agotar la agenda impuesta a la democracia liberal por la escasa conciencia histórica de los redactores de informes como el comentado.

Otra manera de debilitar la democracia, empleada en el informe, consiste en combinar la adjudicación de objetivos, propósitos y deberes, ajenos a su naturaleza, y por lo mismo irrealizables, con la descomposición de la democracia en “democracia electoral” y “democracia incluyente” (lo que permite pensar que se está señalando, sin decirlo, a la “democracia excluyente”), a las que se añadirían la “democracia representativa” y la “democracia participativa”.

Así diseada la democracia, se hace recaer sobre el sistema político la responsabilidad de males y carencias socia-



les que sólo la misma sociedad podría encarar, con alguna posibilidad de éxito, en la medida en que ella adelante su formación democrática, la cual tiene varias fuentes y no sólo la política (probablemente ésta ni siquiera sea la primordial).

Luego de padecer esta arbitraria disección, en el campo quedan los restos de la democracia entendida y practicada como expresión y condición de la libertad, porque si bien la democracia es el clima del ejercicio y preservación de los derechos humanos en lo social y económico, como lo reconoce el informe, esto no significa que forzosamente la democracia se defina por la realización plena y absoluta de esos derechos. Anima a los promotores del informe la esperanza de que, gracias a *su democracia*, podría llegar a ser así, porque en fin de cuentas reconocen que la democracia es el único régimen sociopolítico que puede garantizar la libertad, al igual que las razonables condiciones de igualdad, requeridas para que los individuos persigan su realización plena.

Contra la democracia-libertad conspira también el concepto de "democracia electoral", utilizado a la manera de Hernando de Soto para significar que "En América Latina hay montones de politiquería, que hacen parecer que tu-

viéramos democracia"... , como sostuvo en reciente entrevista, aparecida en la revista *Newsweek*. Este concepto, que desestima el ejercicio de la libertad como manifestación de voluntad democrática, no pide mucha malicia interpretativa para soltar su ponzoña, revelando su mensaje de que la democracia-libertad no es suficiente, y quizás ni siquiera "verdadera democracia", la cual podría, en cambio, brotar de una ambición personal desenfrenada, o de regímenes económicamente eficaces y poco afectos a elecciones, al estilo sudasiático.

D. *El brote de ideologías alternativas, con vehementes pretensiones de ser salvacionistas, y el establecimiento de alianzas atávicas*, es, en Venezuela, el efecto más visible de la descomposición del cuadro de las ideologías causado por la crisis del socialismo. Enunciar por separado estas aberraciones ideológicas no debe hacernos creer que no puedan conjugarse. Por el contrario, es casi ineludible la conjugación entre las que se presentan como innovaciones ideológicas y los factores atávicos que condicionan la suerte de las ideologías, como lo prueban los recientes acontecimientos políticos venezolanos. Las alternativas ideológicas con pujos de salvacionistas, suelen tener dos puntos particularmente débiles.

En primer lugar, simulan creer que la democracia es salvable, si bien esto resulta desvirtuado por la inmediata demostración de autoritarismo que dan los espontáneos salvadores de la democracia. Sin embargo, al actuar primero sigilosamente reconocen el crédito social de que goza la democracia. Hoy, hasta el más atrabiliario tirano se proclama defensor de la democracia; ninguno tiene el coraje, o el descaro, de declararla abolida.

El segundo punto débil es que estos salvacionistas también necesitan demarcarse del fantasma del "comunismo", ese incómodo saldo de la crisis del socialismo, y se afanan tanto en decir que no son éste o aquel socialismo que terminan por no poder decir lo que son. Esto ocurre en Venezuela, donde el socialismo, que está repartido entre la socialdemocracia y el socialcristianismo, así permanecerá mientras los naufragos del socialismo autoritario tercermundista eludan la responsabilidad de autoexaminarse críticamente, y no admitan que si bien el fracaso de sus fechorías no es el fin del socialismo doctrinario, su falta de entereza ético-política sí retarda su recuperación. Esta quiebra de la ética revolucionaria se ha manifestado como el desenfadado abandono de las inhibiciones representadas por el "catecismo" redactado por George Dimitrov, para uso del buen comunista.

En estas circunstancias se les hace muy difícil a los redentores de pueblos, es decir de pueblos a los que ellos y sólo ellos consideran oprimidos por la democracia liberal, encontrar un vehículo ideológico que les permita colocar en las conciencias su averiada mercancía, al igual que un eficaz agente transmisor. Esto último crea serios problemas, puesto que la pretendida restauración de la democracia suele comenzar por desprestigiarla, la tilda de "democracia de partidos", y le atribuye al concepto mismo de democracia la responsabilidad por la excesiva y hasta abusiva partidización que padecen, necesariamente, las experiencias sociopolíticas democráticas enmarcadas en procesos incipientes de formación de sociedades democráticas. Tal deliberada desnaturalización de la democracia da pie para que los redentores de pueblos intenten suprimir los partidos políticos, por ser éstos órganos de participación política incómodamente vinculados con la democracia liberal, y sustituirlos por movimientos centrados, solapada o abiertamente, en el autoritarismo.

En Venezuela el vehículo ideológico empleado para este asalto a la democracia y la libertad es "la segunda religión", denominada bolivarianismo. Su eje es el culto a los héroes: y ¡dale duro con las parodias democráticas de Simón Bolívar! Como en Cuba, al comienzo, le dieron con la del pobre José Martí, al acusarlo de ser el precursor del socialfidelismo. Pero no debo extenderme en consideraciones sobre esta operación ideológica, ni podría hacerlo brevemente en términos convincentes para quienes no estén informados del conmovedor atraso de la conciencia histórica del venezolano.

Mas no basta disponer del vehículo para colocar la carga ideológica; es necesario disponer de un eficaz transmisor. En Venezuela ningún gobierno ha tenido éxito en la formación de un partido político propio. Los gobiernos que tuvieron partido ya disponían de él antes de ser gobierno, y por lo mismo los respectivos partidos fueron instrumentos para transmitir la carga ideológica por esos gobiernos representada, si bien ésta se descomponía rápidamente en prebendas y abusos burocráticos.

En Venezuela no es amplia la oferta, en esta materia. La crisis del socialismo ha desquiciado el esquema de los llamados partidos tradicionales, y los sobrevivientes del socialismo autocrático se reparten entre algunos neosocialistas, casi confundidos con los socialdemócratas, y los convertidos en meros subordinados de los componedores de la democracia, que se han sumado al militarismo tradicional mediante la exaltación del bolivarianismo.

El resultado de semejante operación recibe nombres reveladores del grado de la necesidad de legitimación padecida por sus promotores. Los socios minoritarios en la empresa salvacionista de la democracia, es decir los más recalcitrantes sobrevivientes del socialismo autoritario, hablan de "marxismo-leninismo-bolivarianismo". Los socios mayoritarios hablan de "bolivarianismo", al mismo tiempo que practican el "bolivarianismo-militarismo", utilizándolo como cobertura del puro y simple autoritarismo militar.

E. *El atavismo absolutista* es, por su alcance globalizador, mucho más que una expresión del desfase entre el momento histórico y la conciencia histórica del venezolano. Constituye un condicionante general de su conducta política y social, y es, quizás, el mayor obstáculo al desarrollo democrático de la sociedad.

El origen del atavismo absolutista ha permanecido oculto tras una historiografía que, para justificar la independencia y legitimar la república, negó la naturaleza monárquica primigenia de la sociedad venezolana. Esta conveniente y ahistórica visión fue reforzada por una ciencia social, e ilustrada por una literatura, que crearon la figura del caudillo venezolano, y la vistieron de colores, para poder atribuirle al absolutismo por él ejercido un origen nacional, y por lo mismo volverlo también sostén de la independencia, en los términos ya comentados.

El atavismo absolutista impregna todavía la conducta de los venezolanos en todos los ámbitos y áreas, y condiciona la actitud colectiva ante el poder público. Incluso quienes logran que el tenor democrático de su conciencia prevalezca sobre el magma absolutista, incurren en el contrasentido de intentar poner esta última al servicio del primero, pretendiendo imponer la democracia a los trancazos. Lo triste es que parecieran no equivocarse en su tácita certidumbre de que el pueblo es el yacimiento de los atavismos que nutren el absolutismo de caudillos y caudillejos, dictadores y dictadorzuelos, incluidos los herederos del absolutismo leninista-stalinista.

En Venezuela esta contradicción impregna el universo de la práctica política, y altera su naturaleza que debe ser la de administradora, gestora y promotora, como corresponde a las sociedades democráticas asentadas, cambiándola en una fuerza supuestamente transformadora, investida no sólo del poder, sino también del mandato de cambiar lo existente. Esta entrega de la voluntad general al practicante del atavismo absolutista, determina la valoración social de las elecciones. Éstas, en Venezuela, según lo observara John V. Lombardi en reciente conferencia dictada en Cara-

cas, convierten el resultado electoral en una suerte de poder autorizado para discontinuar el pasado, trastornar el presente y prefabricar el futuro, si bien comprometido vocacionalmente a consolidar su esencia absolutista. Por supuesto, el resultado no puede ser sino catastrófico o decepcionante, en el caso de una sociedad relativamente sencilla, como lo es la venezolana, y lo sería más, probablemente, en sociedades complejas como las plenamente andinas.

Al comenzar a comprender y poner por obra el principio de que la libertad es el único camino que conduce hacia la democracia, y que ésta es, a su vez, el santuario y la garantía de la libertad, los venezolanos hemos dado un importante paso hacia la superación del atavismo absolutista. Al ser la sociedad civil, y no líderes ni partidos, los que libran la lucha contra el solapado castrismo que se busca imponer, dejando a un lado las acechanzas de componedores y redentores, la sociedad venezolana se esfuerza por avanzar en su conformación como una sociedad democrática asentada, es decir, una en la cual el poder público pierda la mejor parte de su ponzoña.

III. Consecuencias principales del desfase entre el momento histórico y la conciencia histórica padecido por los venezolanos.

Quizás no resulte exagerado reducir esta visión de la historia política de la democracia venezolana a algunas consecuencias que estimo reveladoras:

A. La persistente dificultad de entender la diferencia y la interrelación entre un régimen sociopolítico democrático y una sociedad democrática no sólo ha sido factor coadyuvante del descrédito del régimen sociopolítico democrático, sino también fuente de corrupción social por mediación de la demagogia.

Quienes creemos en la democracia, no ya como el menos malo de los sistemas de gobierno, sino como el mejor sistema para la coexistencia del individuo y el poder, tanto público como social —porque al individuo lo estimula y al poder lo limita—, debemos admitir que la democracia y la demagogia son caras de una misma moneda que en el juego de los acontecimientos debe caer siempre de canto. Lo demás es cosa difícil.

La democracia requiere el ejercicio pedagógico del poder, con el fin de estimular la formación y desarrollo de la sociedad como democrática, único baluarte eficaz de la democracia. El Estado, mucho menos el gobierno, no pue-



de sustituir la voluntad social en este proceso de formación y desarrollo social. Nos tomó cuando menos tres décadas comenzar a comprenderlo. Sólo que caímos en cuenta de esta compleja trama cuando ya la demagogia, por algunos denominada asépticamente populismo, había minado las bases de la democracia. La pérdida de visión del grueso de los conductores de la democracia, en todos los ámbitos, los hizo empantanarse en medio de la demagogia electoral y el disfrute del poder como finalidad, siempre oculta, pero que llegó a prevalecer, en el ejercicio del poder político.

Quedó así eclipsado el capital de modernización y progreso social y político acumulado durante décadas, y abierta la puerta a la acusación de ineficacia y corrupción, lanzada no ya contra gobernantes, gobiernos o partidos democráticos, sino contra el sistema democrático mismo. De esta manera nuestra democracia está sufriendo una severa crisis, sobrevenida en momentos cuando se daban nuevos pasos para impulsar decididamente la formación de una sociedad democrática. Esta crisis ha resultado de la insuperable incapacidad de cumplir con el programa so-



cial y económico de inspiración socialista, por una parte, y del extravío de la conducción social y política, por la otra. En ambos aspectos han tenido una influencia determinante el crecimiento y las transformaciones ocurridas en la distribución geográfica de la población y en su conformación estructural, mediante el crecimiento y desarrollo de clases y sectores.

El tránsito desde la formulación y montaje de un ordenamiento político democrático, hacia la conformación de una sociedad democrática no ha sido fácil ni breve en sociedades que hayan tenido que demoler la monarquía para erigir la república. Este tránsito parece haber sido relativamente más expedito en las monarquías constitucionales, quizás porque tienen como fundamento la contemplación de confortables transacciones con el antecedente sociopolítico monárquico absolutista, antes que una radical demolición y sustitución republicana del mismo.

La historia de Francia, al otorgar el voto a la mujer en 1947, es decir, después de Venezuela, y la de Estados Unidos de América, al poner fin oficial a la segregación racial en 1963, ilustran debidamente este aserto. Mas no cabe

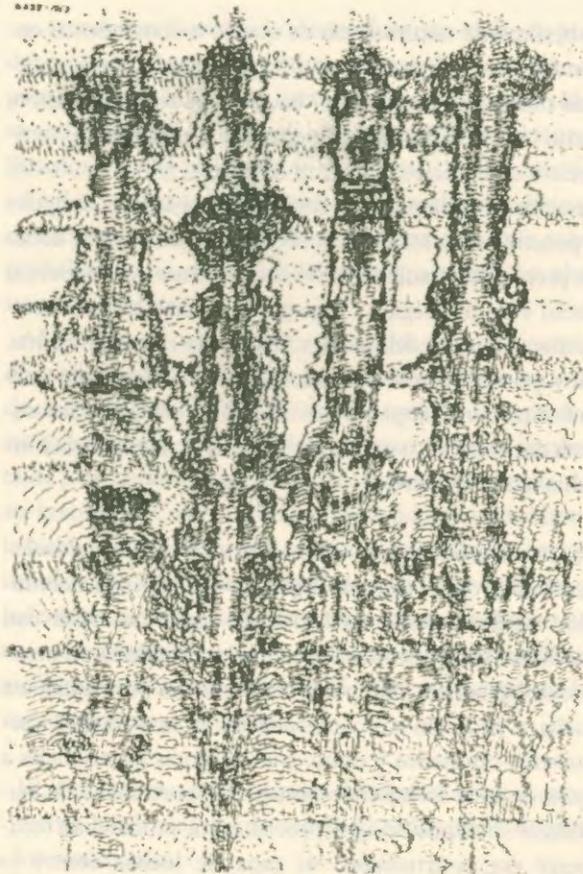
subestimar la circunstancia de que en ambos casos el ensanche de la democratización fue impulsado por la sociedad misma. En cambio, en Venezuela la democratización, tanto la radical del sistema político como la parcial y progresiva de la sociedad, habían sido hasta ahora resultados de actos de gobierno o de decisiones legislativas, dirigidos a penetrar en la sociedad quebrantando una coraza hecha de prejuicios y tradición, en lo concerniente a la conciencia social y de privilegios y segregación social, en lo concerniente al control del poder social por la clase dominante. Hoy, por primera vez, esta corriente se ha invertido para enfrentar con ejemplar determinación el atavismo absolutista decimonónico que ha secuestrado la democracia e intenta matar la libertad.

B. La arraigada confusión entre democracia y libertad ha desembocado en un juego de superación y retorno. La confusión perduró desde mediados del siglo XIX hasta casi mediados del XX. Se luchaba contra las dictaduras en nombre de la libertad, y no pocas veces quienes promovían esa lucha, y padecían sus consecuencias en interminables secuestros carcelarios y exilio, eran déspotas vocacionales a quienes no se les había presentado la oportunidad de manifestar su disposición psicosocial, o que procuraban recuperar esa oportunidad, so capa de luchar contra la dictadura.

Ha costado mucho a la mayoría de los venezolanos comprender que si bien la democracia es requisito para el disfrute de libertad, ésta no es un camino hacia la democracia, sino el único. En consecuencia, hemos tomado conciencia de que defender la democracia es defender la libertad, y ejercer la libertad es defender la democracia.

Ninguna forma sociopolítica es más monolítica que una lozana autocracia. Aun la monarquía absoluta debía contemplar algunos límites, impuestos por la Corona como institución, la Iglesia y ciertas modalidades del funcionamiento social. Esas formas políticas se diferencian de manera muy marcada en que mientras la monarquía absoluta reposaba en una forma de conciencia, la autocracia necesita formar la conciencia, y para ello debe penetrar hasta los tejidos más íntimos de la libertad. George Orwell supo algo de esto; como lo sabe nuestro cercano colega y amigo John Murra y lo dice en sus *Conversaciones...*

Y esto me lleva a advertir que, quizás por lo dicho, la democracia resulta para algunos una camisa demasiado holgada, y añoran un arrojado sastre cortador que la ajuste, sólo que el ajuste suele convertirla en una camisa de fuerza.



C. La urgente necesidad de establecer criterios para evaluar la condición democrática de un régimen sociopolítico, con el fin de contrarrestar la desorientación político-ideológica ha quedado confirmada por la situación que vive la sociedad venezolana. Sugiero que esos criterios corresponden a la naturaleza y funcionamiento, y no sólo al origen de los mecanismos de formación, ejercicio y finalidad del poder público.

La evolución experimentada por los venezolanos en este aspecto ha sido patética. Durante el siglo XX pasamos de considerar buen gobernante al que no hacía daño directo, mediante el asesinato, la prisión o el robo, a quienes lo soportaban, sin que importase mucho el origen y la legitimidad de ese poder, a tomar como criterio de democracia resultar de una elección, sin que tuviesen importancia decisiva el ejercicio ni la finalidad del poder así alcanzado, resignándonos a esperar la próxima elección. De esta patética evolución ha resultado que el gobernante electo se siente autorizado para pretender realizar la que se ha denominado "una agenda secreta", o sea engañar impudica e impunemente al elector y a la sociedad.

También en el orden político-económico internacional rigen criterios no menos simplistas, si bien, por lo general, más rentables. El principal de éstos consiste en que el mérito de una democracia se asocie con el origen electoral del deudor, con su solvencia en el pago de la deuda externa y con la garantía de condiciones ventajosas a la inversión extranjera y al retorno de beneficios.

En el mismo sentido, cabe apuntar la existencia de dos variantes algo más sutiles de esos criterios, aunque de desigual naturaleza y alcance. Una particularmente simplista, consiste en dar por descontada la existencia no sólo de la libertad, sino también de la justicia, en el marco de las cuales vive el observador, a la hora de valorar los pro y los contra de un régimen sociopolítico. Esto le impide al observador comprender el carácter prioritario que puede tener la lucha por la libertad y la justicia. La otra variante es padecida preferentemente por intelectuales y científicos políticos de países desarrollados y democracias asentadas, que ven con curiosidad científica, o con tolerancia filantrópica, que se ensaye en otros países, especialmente del llamado Tercer Mundo, fórmulas sociopolíticas que ya no admitirían en el propio.

Felizmente, junto a estos criterios, enfrentados con ellos, o sometidos cautelosamente a ellos, se manifiestan en sectores de las democracias acreedoras otros estados de conciencia, y hasta se asumen actitudes solidarias con las sociedades de las democracias deudoras. Se facilitan y clarifican estas situaciones cuando el deudor no puede ampararse ni siquiera en una burda parodia de democracia, como en el Irak de Sadam Hussein. Se vuelven confusas esas situaciones cuando la sociedad logra preservar áreas de libertad, como sucede en la dilapidada Venezuela de Hugo Chávez.

Quizás valga burlarse un poco de algunas posturas asumidas por el común de las personas, y por algunas no tan comunes, al juzgar de estas materias, aplicándoles una prueba para apreciar el grado de credulidad que pueden padecer. La prueba consiste en someter a su consideración el siguiente juego conceptual: si digo: "acabaré con la pobreza"... , soy un revolucionario; si digo: "combatiré la pobreza"... , soy un reformador y por lo mismo no muy de fiar; mas si digo: "no es posible acabar con la pobreza, pero prometo trabajar para mejorar la situación de los pobres"... , soy un reaccionario. En el primer caso no tengo que demostrar la posibilidad de cumplir mi promesa ni convencer enunciando los medios de que dispondré para cumplirla. En el segundo caso demuestro una sospechosa disposición retórica a proteger a los no pobres. En el ter-

cer caso cualquier intento de demostración no servirá sino para justificar la calificación que merezco.

Quizás se adelante en la valoración del alcance democrático de un gobierno si se sustituyen las fórmulas simplistas por una operación lógica más compleja, y también más comprensiva de la legítima naturaleza del poder público.

D. *La nueva utopía: ¿acechanza o santuario?* Es la pregunta que puede formularse quien se angustie ante el panorama de la pobreza, el hambre, la miseria y el desamparo que carcomen de manera acelerada y creciente el tejido de la sociedad venezolana, fiel representante en esto de una situación que es común a toda América Latina. Quien haya recorrido, y acudo en esto a mis recuerdos, el barrio La culebra, en las cercanías del espléndido Cancún, o Nezahualcóyotl en la densa ciudad de México; los barrios de Caracas, Lima, Buenos Aires, Río de Janeiro y la áreas céntricas de La Habana, otrora pujante, se habrá sumergido en un pantano de inhumanidad.

No se requiere gran penetración intelectual para dictar sentencia condenatoria del régimen sociopolítico que envuelve esas dramáticas realidades. Como no se requiere mucha imaginación para entrever un futuro en el cual sean superadas y hasta borradas. Es comprensible, por consiguiente, que los genuinos demócratas no podamos admitir que perduren mientras se proclama la libertad y se promueve la igualdad. Asumir como una situación ineludible la convivencia de la miseria y el desamparo con el ejercicio de los valores de la democracia, es contrariar las virtudes de esta última quitándole su vigor como estímulo para la realización plena de la sociedad y el individuo.

La historia enseña que ese género de situaciones ofrece terreno abonado para el brote de proposiciones salvacionistas. Obviamente, de éstas no puede ignorarse que las más dignas y depuradas reciben la calificación de utópicas. Igualmente sabemos que la utopía puede ser mera acechanza para mentes acrílicas y espíritus incautos, como puede ser santuario ofrecido a nobles sentimientos.

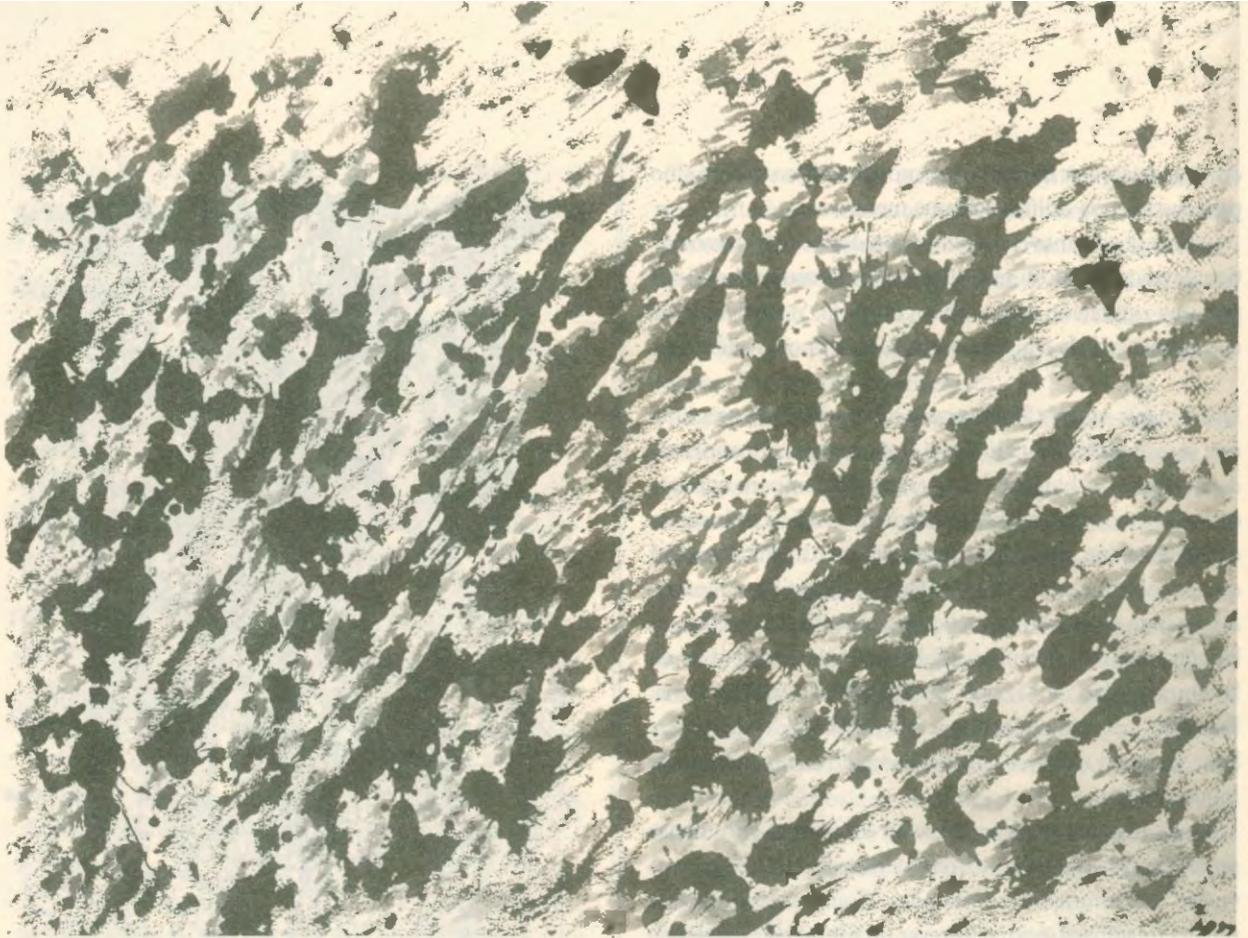
Me temo que estamos entrando en una nueva etapa en el uso de este arcaico procedimiento de manipulación de la conciencia colectiva. Sólo que para referirme a ella con alguna propiedad debo infringir la norma que me impuse de concentrarme en el caso de los venezolanos. No puedo hacer ningún comentario medianamente decoroso sobre esta importante materia, basándome en las palabras de Hugo Chávez, tan pobres de contenido como frecuentemente ilógicas y siempre cursis de forma: "la revolución bonita" y,



con Fidel Castro como piloto, "navegar por el mar de la felicidad".*

Por esto debo referirme al discurso del más reciente predicador del nuevo evangelio de la revolución brasileña, quien, son sus palabras en el XXII Congreso de la Internacional Socialista, manifestó el 27 de octubre de este año su empeño de "reunir las ideas de la democracia económica y social con las de la democracia política". Ello sería el resultado de "un proceso que ya está en marcha. Comprende grandes transformaciones estructurales, comprende la creación de empleos y políticas consistentes en el ámbito de la educación, la salud, la vivienda y el transporte. En suma, la apertura de un nuevo, vigoroso y duradero ciclo de desarrollo".

* Ya escrita esta conferencia el diario *El Nacional* (Caracas, 17 de noviembre de 2003), entregó, en una crónica intitulada "Chávez enseña a los bolivianos cómo hacer la revolución", la siguiente información textual: "Una asamblea constituyente es dar el poder al pueblo, porque la democracia representativa es falsa, es una trampa con la que los oligarcas encierran al pueblo", dijo. Recalcó: «Hay que impulsar la democracia participativa, que es la única que vale, que el pueblo decida». ¿Una asamblea constituyente, formada de manera no representativa, sino participativa, supondría la reunión deliberante de los más de diez millones de electores?



Seguramente no habrá de faltar voluntad para llevar a la práctica tal programa. Apenas dos requisitos habrá que satisfacer: "Para realizar esos objetivos, que estoy seguro todos compartimos, necesitamos un mundo diferente, un mundo más solidario, un mundo menos desigual, un mundo más democrático." También "necesitamos nuevas relaciones internacionales, económicas, comerciales y culturales". En suma, se requiere un mundo en el que ya no sea necesario realizar el programa en cuestión.

Dado que el nuevo evangelista dice pertenecer "junto con otras organizaciones, sobre todo de América Latina, a otra generación de partidos"... , quizás me equivoqué al intitular esta parte de mi conferencia. No se trata de una utopía ni de una acechanza ni de un santuario, sino de un nuevo espejismo salvacionista, propuesto a pueblos que habrían de sacrificar la libertad para nunca alcanzarlo.

Voto final.

La profunda crisis institucional que vive la democracia venezolana, y las enseñanzas que se desprenden de la conducta internacional ante ella, permiten pensar que el origen electoral, considerado en sí y como una condición

suficiente, puede volverse, en el seno de una sociedad de incipiente o débil desarrollo democrático, contra la democracia misma, generando o auspiciando formas autoritarias o dictatoriales, brotadas de la demagogia y provistas de la patente de corso derivada de su legalidad y de su representatividad originaria.

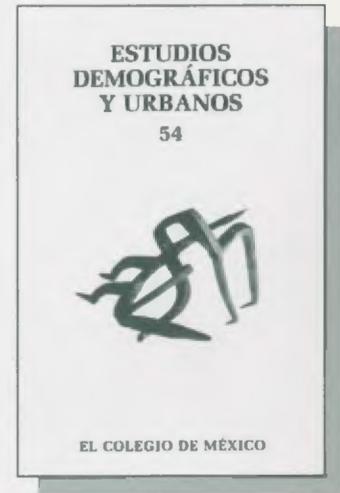
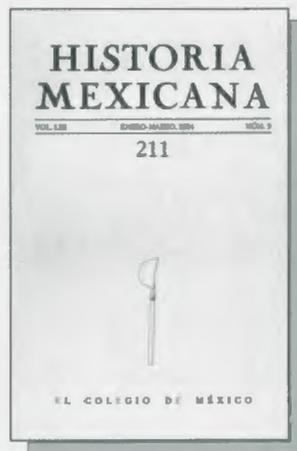
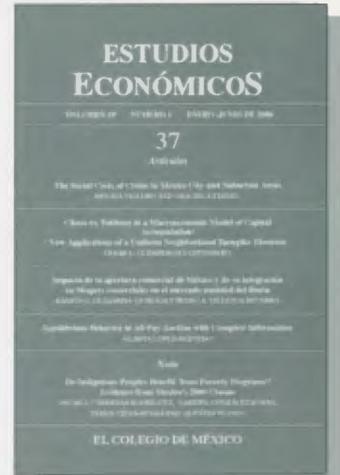
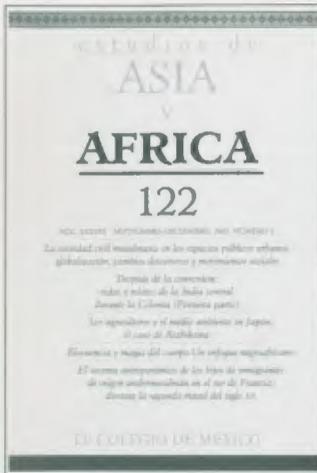
Esta experiencia lleva a pensar que la valoración de un régimen sociopolítico, en cuanto a su carácter democrático, exige relacionar la formación electoral del poder, entendida como la elección y su contexto sociopolítico, con el ejercicio de ese poder; como preservación de valores sociales democráticos y garantía de los derechos individuales; y con la finalidad del poder, en el sentido de prescindir de favoritismos regionales, sociales o grupales, así como de la más antidemocrática deformación del gobierno, que consiste en marginar los actos de gobierno, y de la ejecución de políticas, a la oposición.

Distinguidos colegas, estimados amigos:

Séame permitido expresar la esperanza, concebida al calor del planteamiento inicial de este Seminario, de que nuestros trabajos dediquen algún esfuerzo intelectual a dilucidar estas últimas sugerencias temáticas. €

Caracas, octubre-noviembre de 2003

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS

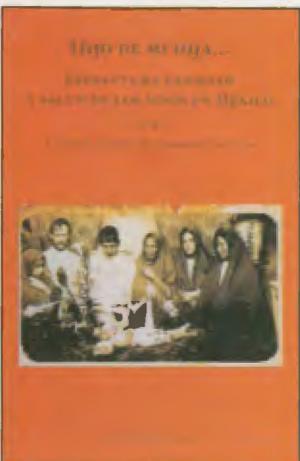
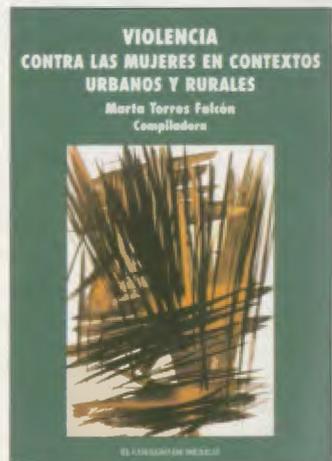
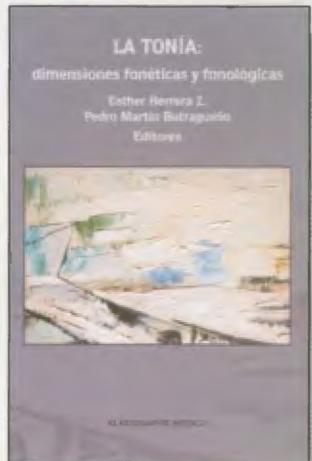
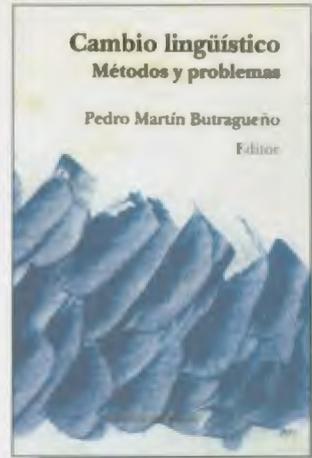
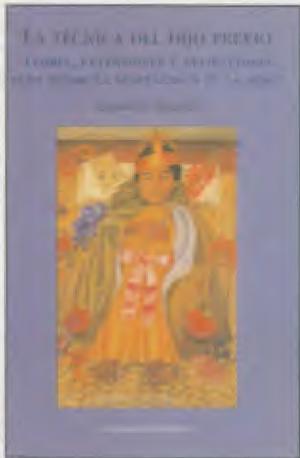


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx



NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx